

OKUPAS UNIVERSALES



PROGRAMA
EDITORIAL
CHIHUAHUA

Jesús Fabián Tapia Quintero

OKUPAS UNIVERSALES

Fabián Tapia Quintero



Colección
Con trayectoria

Marco Antonio Bonilla Mendoza

Presidente Municipal de Chihuahua

María Fernanda Bencomo Arvizo

Directora del Instituto de Cultura del Municipio

Vocales Editorialistas (Jurado)

Alfonso Granillo

Aranza Domínguez

César Ilzivir

Cynthia Piñón

Gustavo Macedo

Ruby Myers

Verónica Granados

Víctor Hernández

José Arturo Santillanes Hernández

Programa Editorial

Heber Mauricio Rivera Anguiano

Fomento a la lectura

 **@somoscreatura**

Diseño y maquetación

Avenida Juárez y calle Sexta, #601,
C.P. 31000, colonia centro.

ISBN en trámite ante INDAUTOR

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de esta obra por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, sin permiso previo por escrito del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua.

PRIMERA EDICIÓN / AÑO 2024



*Sin los libros, las mejores cosas de nuestro mundo se
habrían esfumado en el olvido.*

—Irene Vallejo

Pocas cosas han influido tanto en el desarrollo y transformación de la historia humana, como la invención de la escritura, pues escribir nos permite moldear y dar forma al pensamiento en una proporción no alcanzada por ninguna otra de las artes. Así, desde el Gobierno Municipal seguiremos promoviendo el Programa Editorial Chihuahua (PECH), por medio del Instituto de Cultura, ya que ello representa una oportunidad para los nuevos escritores.

Debemos recordar la importancia del PECH como una colección de obras que ha dado y dará voz a las y los autores chihuahuenses, pues la literatura, es decir, el arte de la palabra escrita, es un instrumento y una habilidad que nos brinda identidad. Las personas son lo que leen, y también lo que escriben. Para este año, además, conscientes de que nuestra infancia y nuestra juventud también merecen un espacio propio, presentamos por primera vez la colección infantil y juvenil.

De esta manera, el gobierno municipal continuará apoyando a las y los autores locales, como una muestra de su compromiso con las artes y la cultura chihuahuenses.

Marco Antonio Bonilla Mendoza

Presidente Municipal de Chihuahua

*La primera persona en la que
deberías pensar en complacer al
escribir un libro es a ti mismo.*

–Patricia Highsmith

En el Instituto de Cultura del Municipio estamos muy contentos de presentar la nueva colección del Programa Editorial Chihuahua (PECH) 2024. Programa que sigue siendo un espacio vital que da voz a las y los autores locales, cuyas obras reflejan la riqueza y diversidad de nuestra cultura. Hoy, más que nunca, es crucial seguir publicando relatos, cuentos, poemas y novelas de alta calidad, y nos enorgullece anunciar que, por primera vez, también incluimos literatura infantil y juvenil.

Agradecemos profundamente a nuestros autores, a la comunidad cultural, y al invaluable apoyo del Gobierno Municipal, que hacen posible que este proyecto siga adelante. Sigamos formando nuevas generaciones de lectores que fortalecerán el tejido cultural de nuestra sociedad.

Con gratitud y alegría,

María Fernanda Bencomo Arvizo

Directora del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua

Sinopsis

En «El salto», en un futuro lejano, una mujer sobrevive en un edificio okupado con dos alternativas al saltar: convertirse en una flotante en el acto o la caída libre. En «Le tomó al mundo un mar para borrar tu nombre» alguien desentraña una historia en un verano atiborrado de nostalgia, esto después de una tragedia. En «La perra y la casa» la domesticidad toma un giro inesperado con la irrupción de una perra preñada al patio delantero del hogar. En «Gentrified», una pareja de libreros culpados de la gentrificación local es víctima de una pequeña venganza. En «Zyon», un hombre que lo ha perdido todo acepta la oferta de vivir en un departamento con un algoritmo de alcances siniestros. En «Monja sideral», una recién conversa se enfrenta a la llegada de okupas extraterrestres, y al dilema que esto supone para su fe.

Okupas universales explora el extraño, perturbador y arriesgado mundo de los seres desplazados y de quienes desplazan, porque todos somos okupas en algún momento y en alguna vida de este extraño y vasto mundo.

*A Aniela Rodríguez y Laia Jufresa,
por la motivación.*

*A mi hermana Rubí,
por creer*

OKUPAS UNIVERSALES

Fabián Tapia Quintero

- Okupa¹:** **1. adj. jerg.** Dicho de un movimiento radical: Que propugna la ocupación de viviendas o locales deshabitados.
- 2. adj. jerg.** Pertenciente o relativo al movimiento okupa.
- 3. m. y f. jerg.** Miembro de un grupo okupa.

1

Española, R. A. (26 de febrero de 2024). *Okupa*.
Obtenido de Diccionario de la Lengua Española:
<https://dle.rae.es/okupa>

EL SALTO

He perdido la cuenta de cuántos años llevo como okupa en este edificio. Para nosotros el tiempo se mide diferente, o casi puedo asegurar que no existe. No, no existe. Cuando ingresamos en este universo clandestino aceptamos unas cláusulas que están ahí por defecto. Una de ellas es no preocuparnos por las cuestiones mundanas, porque, cuando somos okupas, somos todo menos seres regulares: somos seres extraordinarios, mutables, camaleónicos. Nos defendemos escondiéndonos. Tenemos, en lugar de piel, un exoesqueleto que nos diferencia de los demás, de sus palabras odiosas y sus actos inhumanos. La clandestinidad nos ha hecho naturalmente distintos,

así que por eso no cuento el tiempo. Soy invulnerable a él desde que decidí okupar la atmósfera de otro. Soy un peligro sistemático. Un cáncer. Soy más fuerte que el concreto. Soy yo y los metros cuadrados que he usurpado.

No me relaciono con nadie. Imagínate lo peligroso que eso sería. Además, nadie quiere relacionarse con una okupa. Si me dicen tal nombre a la

cara, temo tener una reacción violenta. ¿Quién te crees que eres para llamarme de esa manera? Eso sólo lo puede hacer el dueño. ¿Eres el dueño?

Únicamente puedo relacionarme con el dueño del espacio que habito, porque al ingresar a su espacio he firmado un pacto: he delimitado la clase de posesiones que puede tener sobre mí. Para mi fortuna o mi desgracia, el momento en que nos encontremos apenas durará unos segundos. Mantener conversaciones nunca ha sido lo mío. Me alegra que así sean las reglas. Mortales. Simples. Prácticas.

Trabajo hasta donde mi cuerpo puede, pero aún no veo la hora de salir de aquí; pero, como dije al inicio, cuestiones como el tiempo no me importan: tendré que salir cuando sea cuestión de vida o muerte; es una cuestión imprevisible y eso lo hace más que emocionante. La regla es simple y nadie fue capaz de rebatirla: si el dueño de mi departamento viene, está en todo su derecho de dispararme.

De sacar su revólver o su escopeta —han

existido cacerías en grupo— y accionar el arma.

Te puede dar unos segundos

o no,

te puede decir: «Te doy tiempo de que tomes tus cosas y luego de que huyas»

o no.

Todo

depende

de su estado de

humor

del día en que te encuentre.

Porque okupar un espacio exige

el precio de la sangre, siempre.

Soy una migrante-granada en un espacio reducido
con sus reglas propias.

Recibo presión de todas partes; todos se sienten
con su derecho de jalar la anilla

y hacerme estallar.
Mi superpoder es no ceder.

¿Cuánto tiempo seré capaz de soportarlo?

Aunque, reitero: el tiempo hace mucho dejó de importarme.

En este edificio hay muchos niveles. Se pierde entre las nubes. Todos sabemos cómo llegar a la cúspide. Si escuchas pasos en la escalera es que el dueño puede estar de regreso y tienes que huir y únicamente hay una forma: o saltas o mueres. Sólo que, en este juego perverso, también hay ventajas (perdón por enfocarme primero en los riesgos tácitos): tus genes permiten, en pleno descenso, el levitar de tu cuerpo. Es aleatorio, claro. Uno nunca sabe. Puede ser

vacío o escape.

Arriba espera una vida mejor. Nos lo han dicho siempre. La esperanza nos ha ido acercando, poco a poco, al precipicio. Sin querer. Yo nunca he pensado en saltar, ni aunque viniera el dueño: voy a trabajar hasta salir de aquí. Es una cuestión de esperanza, mi vida. Planeo juntar el dinero suficiente para comprar una vivienda en toda la regla y salir

de aquí antes de que entre el dueño y venga por mi cabeza. Dios no juega a los dados,

pero yo sí. El tiempo dejó de importarme. Si llega antes o después lo decidirá la suerte del universo.

Retomando el asunto de la suerte genética, puedo afirmar que es cierta. Quien nos haya puesto en esta suerte de juego macabro lo ha diseñado con la perfección de un relojero macabro. Dependiendo de tu disposición genética puedes flotar en el vacío o hundirte, y he visto en algunas ocasiones a personas salvarse. Pueden flotar de regreso, más alto, maniobrar su altura, que en este caso es su destino, y okupar un departamento libre de dueño. Es curioso que la civilización antes se desvivía por capturar Objetos Voladores No Reconocidos y ahora morimos por atestiguar si los milagros son ciertos, si los suicidas esperanzados pueden tener una segunda oportunidad.

La primera vez que vi a alguien tener éxito fue como ver un asteroide suspendido

y, luego, convertido súbitamente en una materia astral

subiendo feroz y fugaz hacia su nueva casa, como si no existiera en este plano.

Todos estamos hechos de una esperanza que quema

y, a veces, te levita y asciende.

Claro que no todos poseen la misma suerte. He escuchado, más veces de las que me gustaría admitir, las voces desgarradas de aquellos que no creen posibles sus últimos segundos de vida. No pueden creer que el destino les haya pagado de esa forma. Que su propio cuerpo —algo en él que no pueden observar— los haya traicionado. Como es una música recurrente, he aprendido a ignorarla. Quien se desploma lo ha hecho pensando antes en la esperanza de poder sobrevivir y creo que esa es una forma bastante digna de irse. Lamentarlo no solucionará nada. No abrirá nuevos departamentos ni los traerá de vuelta. No cambiará los genes.

Yo nunca he creído en mi propia capacidad por mutar mi organismo en mis últimos segundos

de vida. He pensado en qué sentirá mi cuerpo en ese espacio de incertidumbre y la sola visión me causa vértigo.

Nunca lo haré.

Nunca saltaré.

Prefiero verme cara a cara con el dueño de mi vida que apostar por mí, por mi suerte.

Pero mi pequeña vecina tiene otros planes.

Su hija me ha hablado desde arriba. Me ha implorado por ayuda.

Mami planea saltar conmigo, para
tener dos oportunidades.

Escuché su voz clarita y, por más tonta que quise hacerme, su vocecita me interrumpió hasta el sueño. «Tienes que salvarla —me dije a mí misma—; tú no eres un monstruo», pero no quería saltar ni por salvar mi propio pellejo. «¿Y qué vas a hacer cuando lleguen las Inundaciones? Quizá esa niña es todo lo que necesitabas para empezar a salvarte».

Las Inundaciones son una purga para las personas de niveles inferiores, quienes nunca han hecho el esfuerzo por ascender ni lo harán. Básicamente, consisten en oleadas que van subiendo de forma gradual de nivel y absorben a las personas.

Escuchar esos sonidos es algo que no le deseo a nadie. Puedes escuchar sus costillas crujir, sus pulmones gritando por una última oportunidad

que no llegará,

sus gargantas perdidas en plegarias

hacia alguien que jamás los escuchará. Si el dueño-cazador no llega a dictar tu fin, lo hacen las Inundaciones. Y no sé qué final es peor. Nadie puede darte un refugio porque, al ser okupa, los únicos refugios que están garantizados son los que tú consigues.

No hay nada más.

Por más que me sacudía el cuerpo y lo palpaba, no notaba ninguna posibilidad, ningún atisbo de voladora. Me veía rota contra el asfalto.

Tal vez la ayuda que la niña necesitaba excedía mis capacidades. Me hablaba a través de un muro que no hizo bien su trabajo de ocultarle la voz. Podía huir del tiempo, pero no de los sonidos. Debía buscar una forma de responderle. Al menos merecía eso, la respuesta.

Lo que hice, en cambio,

fue dejarle la ventana abierta, a pesar del frío terrible que se te metía en la médula.

El frío como otro tipo de inundación.

Si caía o si volaba —en cualquiera de las dos circunstancias—,

podía quedarse conmigo; entrar en esta guarida,

o, al menos, ver desde allá arriba que la había escuchado,

que, incluso, yo me atreví a tener la ventana abierta

sopesando la posibilidad de

salta, de rescatarla como
ángel ascendiendo sobre
este rascacielos
moribundo.

LE TOMÓ AL MUNDO UN MAR PARA BORRAR TU NOMBRE

Aquel verano me salvaste sin darte cuenta. Creo que, en el momento en que me pensé parte de tu constelación, todos los males dejaron mi cuerpo. Fue instantáneo. El ser yo una de tus elecciones me dio un significado que desconocía y, sin embargo, que esperaba. Yo era una ciudad iluminada entera por tu toque de Midas, porque así te veía; porque así te sigo viendo. Por más que los años pasen con su crueldad aún sigues ahí, intacto. No suelo ver al tiempo con estos ojos, pero cuando se trata de ti es inevitable.

Volver a aquel verano es doloroso. Ver lo que nunca sucedió entre nosotros, como si estuviera dictado por el destino que mi alma no produjera ninguno de sus planes. Ser alguien estéril. Tú siempre tuviste más vida de los dos. «Necesito a alguien para un cortometraje», le dije a mi amiga. Ibas a la misma carrera que ella, pero te habías dado de baja un semestre antes. Ella me llevó a ti. Ahora que lo veo, tú eres perfecto para todos los cortometrajes

del mundo. ¿Quién puede ser capaz de decir lo mismo?

Era un verano tan milagroso que incluso creerte parte de mi historia se sentía posible. No perdía nada con intentarlo. Con intentarte. Era un verano para creer en las salvaciones posibles. Era un verano perfecto para que ambos sucediéramos. ¿Suceder de la manera incorrecta cuenta como *suceder*?

¿Verte hubiera salvado las cosas? Ahora creo que fuimos parte de una mitología donde verte hubiera significado el fin del mundo. O el fin de nuestros mundos. Algo parecido, porque el no vernos me sigue pareciendo inexplicable. Me invitaste a una fiesta. ¿Qué habría pasado si mis padres me hubieran dejado? Nunca había ido a una, pero seguramente hubieras sido el mejor anfitrión; tú sí tenías la fiesta en el cuerpo. Y luego aquella vez en que estuve en un lugar cercano a tu casa. No pudimos vernos, porque necesitabas tiempo para ir a una boda. Pensé que te vería en ese idílico parque y que mi vida cambiaría para siempre, porque no estaría dispuesto a dejarte ir. Me atraías tanto que cualquier instante era un momento adecuado para

imaginar qué hacías, para invitarte, para imaginar un escenario a tu lado.

Pronto me convencí de que tú no querías verme. Me convencí de que todo era mentira, de que eras muy bueno para ser cierto. Que esas nociones de *sacarme la lotería* no aplicaban en mi caso. Que tu risa fácil, tu calor y tu familiaridad eran una mentira.

Para alejarme y alejar a las personas me pintaba solo. Más en aquel verano, cuando pensaba que personas como tú se podían replicar y que podía encontrarlas en cada esquina del barrio. Como si no fuera yo el que no había ido a ninguna fiesta antes, pero así lo pensaba, quizá porque la alternativa a asimilar tu pérdida me destruiría. Aproveché tu mala broma de aquel día y no volví a frecuentarte. Desaparecí de tu ecosistema.

Era un verano indestructible. Un verano donde ni siquiera existía el tiempo para afligirme. Un verano immaculado. Un verano donde podías volver, incluso en otra forma, en otro alguien. Y no pasaba nada. Llorándote no volverías. Llorándote no aparecerías en mi mundo físico. Llorándote no

sucederíamos en toda regla... pero era el verano de mi vida, y no debía desaprovecharlo.

Años después, los veranos se volvieron serios, duros, rígidos. En el verano donde estabas, cualquier acontecimiento me agarraba por sorpresa y era importante y me sacudía. Después de ti, los veranos fueron una simple estación. No me dejaba desgarrar tan fácilmente por la nostalgia.

Quizá por eso tuviste que morir en un invierno...

... porque los veranos serían incapaces de desaparecer una alegría tan inmensa como tú.

Te juro que cuando vi tus documentos circulando en la red, todas las emociones me atravesaron en un segundo. Me sentí un papel volando al viento. El dueño del Airbnb, en una playa al norte de Yakarta, buscaba a tus familiares. Lo supe por una profesora de la facultad. Yo estaba frío. Eras tú. Tu foto, tu nombre... ese ser que me esperanzó en aquel verano y luego me soltó. ¿Cómo te recordaba? ¿Por qué tantos años no te habían borrado de mí? ¿Quién me estaba protegiendo de una tristeza descomunal? No compartimos nada.

No creamos nada. Y, al final, tal vez todo eso tuvo su razón. Una fuerza invisible me protegió del nosotros, porque, para una pérdida así, no hubiera estado listo ni en un milenio de vida.

Me sentía a salvo y a la deriva viendo tu foto. Dejé de verla porque tenía que dormir.

Después, imaginé cómo habrían sido tus últimos momentos. Si te habías sentido solo o perdido en la vida. Si tu cuerpo te traicionó en un segundo y en ese segundo se decidió todo...

Para no haber sido algo más en mi vida, do-lías demasiado.

Dejé de concentrarme en mi dolor; en esos momentos tu familia debía necesitar apoyo. Seguramente estaban enfocados en hacer alguna actividad para juntar fondos y pagar los costos de expatriación. Me puse a buscar una publicación para ayudarles en lo que pudiera. Di con una. Venderían hamburguesas en aquel parque donde pensé que te vería. No tenía ningún plan para ese domingo, así que fui. Como si los conociera de algún momento. En cierto modo, la visión de sus rostros sumidos en el dolor más profundo me intranquilizó. No podía soportarlo. Podía dar media vuelta e irme, porque

era un dolor que se percibía de lejos, regado como pólvora. Pobres de ellos, tan lejos de ti y tan desesperados por la certeza de tu muerte. Sabiendo que ni el tiempo ni nada te traerían de vuelta con esa sonrisa jovial y esa energía de mil soles. Ni los loros que se refugiaban en los árboles alegraba ese parque. Les di el dinero para una hamburguesa, pero no la acepté: dije que así estaba bien. No sería capaz de comerla, a decir verdad. Creo que me atendió tu hermana: era inconfundiblemente parecida a ti. A cada diez segundos se limpiaba las lágrimas. No me explicaba cómo un sentimiento tan grande como la pérdida podía caber en nuestros cuerpos. Cómo nos excedía y, sin embargo, no dejábamos de sentirla.

Nunca hubo un beso ni un abrazo entre nosotros, pero no podía dejar de sentirte como parte de un verano que me partió la vida y me la volvió a unir y me hizo sentir invencible y arrasador en mis propios sentimientos. Nunca lo hubo y jamás lo habrá, pero la posibilidad —nuestra posibilidad— que me ofreciste (o que tal vez yo interpreté) lo significó todo en su momento y me multiplicó en las clases de personas que me hubiera gustado ser y que nunca me atreví a descubrir; pero tú arrojabas

luces sobre esas personas y no me daba tanto miedo animarme a descubrirlas. Personas que tendrán muchos más años que tú se atreverán a hacer lo mismo y no estarán ni cerca, porque en aquel verano tú también eras invencible e inabarcable y místico en tu magia; en lo que despertabas en mí.

Nunca me explicaré qué lleva al universo a actuar así. A ocultarnos versiones de nosotros y borrarlos sin un segundo de vacilación. Nunca me explicaré qué llevará a cierta fuerza invisible e innumerable a erradicar esa energía de nuestras almas jóvenes y hermosas. Nunca. Porque nunca saldrán sobrando y nunca le harán daño a nadie. Quizá eso es lo que hace a los veranos y no otra cosa. Y el mundo se empeña en borrarlo como si fuera una plaga y nos deja vacíos y sin explicaciones, como yo cada que recuerdo tu foto en ese documento y esas palabras diciendo que jamás regresarás en la forma en que te fuiste y que ya no alegrarás los veranos de nadie y que tu nombre ahora será cicatriz y que le tomó a una playa entera consumir todo tu fuego, ese fuego que, con palabras y promesas bonitas, me inundó de una época dorada y eterna: ahí donde vives, donde vivimos, donde viviremos, a salvo e incompletos como lo fuimos siempre.

LA PERRA Y LA CASA

I

NEGACIÓN

YO

Teníamos un terror sobrehumano a ser desalojados por INFONAVIT, hasta que mi papá murió de mieloma múltiple y la deuda quedó saldada. La casa nos pertenecía.

Nunca había visto a mi mamá tan alegre. No estuve cuando le informaron eso, pero supuse que estuvo al borde del llanto. Nunca la he visto llorar. Sus ojeras, por otro lado, me decían que llevaba incontables noches sin poder conciliar el sueño, rondando la cuestión de siempre: nos echarían a la calle. No teníamos conocidos en esta ciudad ni familiares. Y con el frío que hacía... me apostaba todo a que a mi madre le aterraba morir por frío.

Nuestra casa no era nada fuera de lo corriente, pero era todo lo que teníamos. Era la más fea de la cuadra, por mucho. El alcoholismo de mi papá, y su futura enfermedad, no permitieron las inversiones. La casa estaba machacada por los granizos, su pintura estaba descascarillada y era de un azul enfermizo, la barda frontal no estaba enyesada y la acumulación estratosférica de mi madre la hacía parecer una casa de locos. Sin embargo, por dentro era acogedora. Con sus últimas fuerzas, mi papá la extendió hacia atrás. Construyó el cuarto —con ayuda de mi hermano menor— donde pasaría sus últimos días. En ese sentido, era muy valiosa: ofrecía un refugio generoso con el blanco de su cal, la antesala a la muerte de un santo o de un mártir.

—De haber sabido que esos pinches médicos de pacotilla no lo iban a salvar, lo habríamos dejado aquí, para que muriera a gusto, en la calma de su hogar —sentenció mi madre.

Tanto mi mamá como mi tía Angelina coincidían en que los médicos lo habían dejado morir.

—Les dan un cheque por cada muerto.

Era pandemia y todo podía ser posible, así que no lo descartaba en absoluto.

Tras su muerte comenzó de nuevo la crítica preocupación de mi mamá por la casa. ¿A quién le pertenecía? No había dejado testamento. ¿Cuánto debía y cómo pagaría tal suma? ¿Hasta cuándo teníamos para pagar?

Conocíamos a unos vecinos que habían *okupado* una casa abandonada. Era una pareja de viejitos. Su historia nos preocupaba. Tanto desamparo... Mi mamá los tenía como modelos a no seguir. «Que no terminemos así. Que no terminemos así», la imaginaba rezando cada noche, con su fe tan fragmentada y sin norte, por más que lo había intentado.

—Tenemos tan mala suerte que, si nos vamos a una casa así, luego luego nos cae la policía. He visto a tanta gente robándose la luz y nada que les hacen, pero si fuéramos nosotros...

Eso de la mala suerte sí se lo concedía.

Éramos una familia con muy mala suerte... Para una muestra, mi papá, que tan rara enfermedad le fue a dar. Él, quien siempre había sido un hombre robusto y activo, de la noche a la mañana fue enflaqueciendo como una manzana dejada

al olvido. Nuestra familia, al margen siempre, de pronto formó parte de una rara y desafortunada estadística. Una estadística que nos chingó lindo y bonito. Con un par de meses, él era irreconocible. Un pedazo de su cadera desapareció. Dejó de caminar. Ni siquiera lo podía hacer con muletas. Tampoco podía controlar su esfínter. Lo tenían que cambiar de posición en la cama cada treinta minutos. Sus gritos de dolor jamás podré sacármelos de la cabeza. Invocaba a los santos, a Dios y al alma de su madre, y ninguno acudió. O acudieron en forma de la muerte, su única sanación posible.

Como imaginarás, el blanco aspirina de esa habitación transmitía de todo menos paz. Era un blanco muerte, un blanco grito, un blanco sacrificio, un blanco dolor, un blanco desesperanza.

Lo que me sorprendió de su muerte fue su estoicismo. Hasta el nombre del cementerio tenía en mente. Cumplimos su voluntad. «No dejes que el banco se quede con un solo peso ni que te lo quiten mis hermanas», le encargó a mi madre. Y murió antes de ser intubado. Era un sábado.

Sobre la casa no dijo nada, pero fue una noticia que descubrimos por nosotros mismos. Un rayo de luz. Un respiro que revitalizó nuestros pulmones ahogados por tantos sollozos, tantas lágrimas internas, tanto naufragio. De no ser por ello, no sé cómo habríamos superado esa niebla colectiva de dolor.

Posterior al entierro, llegaron sus hermanas de Los Ángeles. Montaron un altar y encabezaron un novenario. Mi mamá y mi hermana insistieron en que él se manifestó. Una brisa les recorrió a todas las presentes mientras rezaban y les erizó la piel. Pudieron *sentirlo*.

Yo lo que sentía era un repelús por esa gente. Tener extrañas en la casa —porque eso eran, a fin de cuentas (nunca las había visto en la vida)— era tortuoso. Una irrupción horrible a nuestra cotidianidad. Una falta de respeto a nuestro duelo anterior, presente y futuro a su partida. Como si a la casa la partieran rayos extranjeros. Su ruido no era familiar, ni sus consuelos, ni sus palabras melancólicas. Cada quince minutos preguntaban en qué trabajábamos, como diciendo «no creemos que sobrevivan sin él». Como si lo supieran todo de nosotros de cabo a rabo. Esa era la disección más insoportable: su interpretación de tal después.

Porque ni nosotros lo sabíamos.

Y claro que molestaba.

Contaba los segundos para que se fueran.

Cuando se fueron, eché de menos algo. Quizá fue el consuelo compartido de que había más personas rotas por un mismo motivo. O, a lo mejor, el leve indicio de que las había malinterpretado algo. De que debajo de todas sus insinuaciones existía otro motivo, uno que hasta ese momento no sabía cómo interpretar.

Como sea, les llegó el tiempo de irse.

II

IRA

MAMÁ

Mis hijos ya me tienen hasta la chingada. Es que parece que tienen mamitis. Todavía mamándole a la madre. Ni ahora que se ha muerto su padre les crecen alas y le zumban. Están medio raritos. A nadie he conocido así, todos acomplejados.

Debiste de ayudarme tú con tal asunto, Raulito, pero ni eso. Ni en eso me ayudaste. Tú siempre tan desobligado. Debiste aparecérteles en un sueño y decirles: «ahuéquenle, a la verga». Al menos uno de los cuatro te hubiera hecho caso y ya estaría respirando más tranquila.

Ellos saben que nunca te quise. ¿Qué otra opción me dejaste? Tengo que verles el lado bueno a las cosas, y en este es que por fin te hayas ido, que al fin mi vida tenga posibilidades. Tú bien sabes cómo me encerrabas. Tú y tus hijos. Lavar, planchar, cocinar, limpiar, remendar, dar la cara: todo

como una pinche máquina. De algún modo esa rutina se ha roto. Ya no más.

La otra vez dije algo que quizá no debería, pero no me arrepiento.

—Si yo me hubiera muerto en su lugar, ya los habría corrido a la chingada. Hubiera metido a mil viejas y viejos para ponerse bien pedo. Y ustedes ya no estarían aquí.

—¿Cómo puedes decir eso después de todo lo que te dio? Te dio una casa, hijos y nunca tuviste que buscar un trabajo —respondió mi única hija, la más respondona de los cuatro.

—Pura amargura fue lo que me dio. Yo para qué quería eso.

Ay, mi pobre hija. Tan madura y tan tiernita. Si supiera cómo se ponen las cosas. Si supiera que la vida no es un cuento de hadas y que sólo por estar ensotada no le va a caer un príncipe azul. La vida tiene que buscarla o le va a pasar lo mismo que a mí. La soledad. La vida acabada. Un marido que rara vez me volteaba a ver, pero, ¿cómo se lo digo?

Si supiera todo lo que yo tuve que vivir en aquel rancho donde nací, antes de traérmelos a esta ciudad, bien chiquitos. No había medicinas ni doctores. No fuimos a la escuela. No había servicio de agua ni de luz, pero sí había bailes: brevísimos espacios de felicidad como la vida misma. Esa luz que si no la agarrabas al instante se fugaba. Ahora no sé cómo hacerle para que entren en razón. Ahora lo tienen casi todo, menos los bailes. Pinches reverses del destino. No quiero que sea demasiado tarde para ellos. Aunque, bien visto, ya estuvo bueno de pensar en ellos. Llegó el tiempo de pensar en mí. Por primera vez en años. Ya chuparon suficiente de su bendita madre. Ahora, a lo que sigue. Tenemos un muerto en esta ciudad. Hay un fantasma en la casa —lo sentimos en el primerito rezo— y, de algún modo, tenemos que movernos para que se vaya. Para que esté tranquilo en el más allá. Quizá deba poner el ejemplo. ¿No es eso lo que dicen? Que ya son otros tiempos.

Guardar lealtades. Eso ya no sirve. Con el paso del tiempo te das cuenta. Esa palabra ya no existe en las personas de ahora. Todos cambiamos. De nada

sirve y, si de verdad crees en ello y guardas lealtad, nunca vuelve con la misma intensidad. Las personas pueden desaparecerla para siempre en un segundo. ¿Para qué sirve cuidar algo tan delicado? Por eso, a partir de la muerte de mi esposo, me deshice de ese juramento que ni siquiera salió de mi boca (nunca nos casamos y nunca nos tuvimos ese amor devoto como el de las telenovelas).

A vivir mi vida y se acabó.

Eso era lo que le decía siempre. Mi amenaza. «Algún día me dedicaré a vivir mi vida y entonces te vas a arrepentir de todo lo que me haces».

Nunca me tomó en serio. Dudo que ahora se lo tome en serio allá en el otro mundo y me maldiga de a veras. Él qué sabrá. No tiene modo de fulminarme.

He lidiado con la menopausia y la tiroides al mismo tiempo. Las pastillas me traen vuelta loca. Olvido las cosas con facilidad. Ni hablar de los mareos.

—Dele tiempo al tiempo —dijo mi doctor—. Con esta medicación todo se le controlará.

Las desgracias nunca vienen solas. Mi hermana de Sinaloa me llamó y me dijo que nuestra mamita estaba enferma. Tuve que hacer un viaje de emergencia. En chinga, mi hijo mayor me compró los boletos de avión. Y yo con un nerviosismo cabrón, porque nunca había viajado sola.

Hicimos una fiesta por el cumpleaños de mi santa madre. Acudieron mis tres hermanas, mis sobrinas y demás gente que fue a comer de a gratis. Estaba tan contenta que ni tiempo tuve de ponerles mala cara. Mi madre se notaba más recompuesta. Efectos de la alegría grupal. Pues si la sangre junta obra milagros. Bueno, con mi esposo no, porque el día en que vinieron aquellas brujas fue el día en que murió, pero pues esa era pura sangre mala, pura ponzoña, pura ave de mal agüero. Nosotras somos diferentes. Crecimos juntas en la miseria y la sobrevivimos. Somos unas fregonas. Es esa fortaleza la que pone como roble a nuestra mamacita.

—¿Ya supiste lo de Ofelia, hermana?

Casi me atragantaba. Ese tono de mi hermana Lucrecia lo conocía muy bien. Una noticia de alto impacto me aguardaba tras esa boca de plata.

—No. Suelta.

—Se juntó con el Óscar. Se fueron a vivir al Nopalito. Nada más retrocediendo como el cangrejo tu hermana. Nadie como el Luis, que le daba su buena lana cada mes. Si era ministerial el condenado.

—Y si la tenía tan bien, ¿por qué se separaron?

—Le entró al vicio, creo, pero tampoco era como para que se juntara con ese bueno para nada. No trabaja y ni me ayuda con mi amá. Parece quincañera. Se va a ese maldito rancho y no se le ve ni el polvo a la canija.

Maldita malagradecida, pensé. Unos tragos más y a ver cómo la ponía.

Alguien interrumpió mis pensamientos vengativos.

Alguien me sacó a bailar. Mi último baile

fue a los dieciocho. Ahí, en el solar, con la bocina a punto de reventarse de tan fuerte, agarrada a un hombre, sentí que cada paso me llevaba lejos, muy lejos de esa vida antes fabricada.

III

NEGOCIACIÓN

HIJA

Si descubro que mi mamá, en efecto, le está siendo infiel a mi papá, la cosa se va a poner fea. Desde ese viaje ha estado muy rara. Sospecho que su amante no quiere perder comunicación con ella y por ende le contrató un plan telefónico. Siempre tiene saldo, cosa que es muy rara. Ojalá en el infierno exista esa comunicación, porque para allá soy capaz de mandarla si mis sospechas son ciertas.

*

Ni siquiera les presta atención a sus antes adoradas gatas. Si le es infiel a mi papá, me convertiré en una gata, pero montesa. Y la desgarraré hasta matarla.

*

Hace poco llegamos a los gritos. Toda la colonia se enteró de nuestra pelea. Le dije cosas como: “Ojalá hubieras sido tú”, y ella me respondió: «Lo que pasa es que estás celosa, porque, a mi edad, yo sí puedo conseguirme un marchante y tú con esas gracias, no». Tiré un sartén contra su puerta cerrada. Quería hacer un pacto con el de abajo. El alma de mi madre por traer de vuelta a mi papá.

IV

YO

Mamá ha hecho cambios en su rutina. Por las mañanas, por ejemplo, camina en el parque así llueve, truene o relampaguee. Nada la detiene. Dice que por lo de la tiroides debe cuidarse. Tiene razón.

En una de las mañanas, lucía realmente impactada.

—A que no sabes qué acabo de ver.

—¿Qué es?

—Una perra callejera. Ha parido aquí adentro. Debajo de la lila.

Ay, esa lila. Mi papá ya la había cortado una vez y una de sus múltiples e indómitas raíces hizo de las suyas. Resurgió. Servía como cobijo a la perra y a sus dos crías. Había entrado por una de las brechas del barandal fabricado por mi padre. Como lo hizo a contrarreloj, algunos espacios habían que-

dado más grandes que otros. La perra vio la oportunidad y la tomó. Entre el enorme imperio de acumulaciones de mi mamá quiso cobijarse, como un cachivache más.

La llamamos *Salsa*, por el color de su pelaje. Era como la salsa Valentina tras secarse. Ella ya había tenido un perro, que a lo mucho llegó al año. Mi mamá y mi hermana se encariñaron mucho con él. Le daban la comida que podían. Un día, mientras iban a la tienda, lo vieron y le prometieron alimento. Sin embargo, al regresar, lo encontraron atropellado, claramente muerto y ensangrentado. Le gustaba echarse en medio de la calle. Nuestros vecinos ya acumulaban varias quejas sobre sus arrancones, esa forma tan desafortunada de manejar. El suceso me traumó por varios días. La forma en que todo cambia en un instante. La forma en que muere la ternura, tan pronto y sin aviso. Las promesas no cumplidas porque la muerte llegó primero.

Uno de los cachorros era negro con manchas blancas y el otro café canela.

La invasión —porque así lo vimos— nos llenó de terror. Las garrapatas (ya habían existido casos

de muerte en la ciudad) nos horrorizaban. Y *Salsa* tenía heridas de sarna. Mi mamá investigó con una señora del tianguis (y rescatista de perros) qué se podía hacer. Le recomendó varias páginas para darlos en adopción.

El problema vino con el propio miedo. Teníamos miedo de acercarnos y que la perra reaccionara con rabia, en defensa de sus cachorros. Así no les podíamos tomar la foto. *Salsa* iba y venía.

—Tenemos que comprar una malla gallinera —dije yo—, para evitar que vuelva a entrar. Puede hacerle algo a las gatitas.

—¿Y los perritos?

—Los dejamos afuera en una caja. Abrigados.

No sabíamos qué hacer. *Salsa* seguía entrando para alimentarlos. Se quedaba largos momentos con ellos. A mí todo eso se me hacía peligroso y lejano. Me era difícil colocarme en su lugar. No sabía qué me convertía en ese tipo de persona. Quizá era que había tenido un par de perros como mascota y su partida fue más que traumática. Uno, porque mi papá decidió donarlo a una bodega después de

años de estar con nosotros. Otro, porque una garrapata lo mordió y le dañó el hígado. Cuando nos dimos cuenta, era demasiado tarde. Ni mi hermano mayor ni mi papá podían conseguir una troca. Cuando por fin lo hicieron, murió el mismo día, en la veterinaria.

O, tal vez, era por la invasión tan sorpresiva. Que algo viniera a mi hogar después del último adiós era reabrir la herida. Una llegada que no era lo que esperaba. ¿Eso era la vida llenando los cráteres y vacíos que dejaba la muerte?

V

DEPRESIÓN

HIJA

Es cierto esto. Lo sé, porque mi negocio se mueve por las redes sociales (vendo fajas y maquillajes). Algunas personas piden perros dados en adopción y se los dan de comer a sus mascotas (tipo anacondas y boas).

*

La toma de la foto de esos cachorros está más difícil que las fotos de graduación en las escuelas (las cuales nosotros nunca obtuvimos, porque nuestros padres no podían permitirselo). Uno de ellos se estrella contra la barriga de su hermano, anhelando el nido materno. La luz del sol parece herirlo. Le cuesta digerir la distancia.

*

Anuncio en Facebook que los estoy dando en adopción. Hago énfasis en que se dará seguimiento. Investigo superficialmente los perfiles de aquellas personas interesadas. No quiero que vivan lo que yo viví.

*

«Tienen que llevárselos juntos», dice mi hermano mayor “porque si no, se van a extrañar el uno al otro y se morirán de tristeza». Una persona quiere uno y otra persona quiero al otro. Al final, una de esas personas me cancela. Le escribo a la otra persona (un matrimonio, en realidad) y le explico la situación. Acepta llevarse a los dos. Así, la carga para nosotros también pesará menos.

*

No queremos hacerlo, pero el invierno se acerca y esto es lo mejor para ellos. Ya caminan y en una ocasión salieron de la casa, se internaron en la calle y cayeron a un medidor de agua que no tenía la

tapa y no podían salir. Como si la perra sospechara, viene más seguido por ellos. Además, ella no es la única perra callejera. Hay muchísimos en la cuadra. Han mordido a personas.

*

Acordamos que el punto de entrega es en la iglesia de la colonia. El matrimonio acude por ellos. Tienen 30 años, a lo mucho. Prometen darle cariño. Mi mamá casi llora.

*

Al regresar, mi hermano mayor piensa en el pecado. Dice que cargaremos con él por el resto de nuestras vidas. ¿Por qué no es como mi hermano del medio, quien siempre está callado?

*

La rescatista del tianguis es puro palabrerío. Se ofreció a llevar a la perra a que la castraran y nada.

VI

YO

La escuché fuerte y claro mientras poníamos la malla gallinera en el barandal. Intentamos amarrarla con un alambre algo oxidado que mi mamá encontró en el callejón. Ella renegaba, como siempre. Fue como si pensara en voz alta. Dijo: «Estos son oficios de un hombre. Necesito a un hombre en la casa».

Lo dijo con convicción.

La tristeza a raíz de los perros de *Salsa* dados en adopción nos cubrió familiarmente como una mortaja. Fue como en la muerte de mi padre, pero diferente. En este caso, aderezado por la culpa, por la certeza de haber hecho algo mal e irremediable. Por el sufrimiento.

Porque *Salsa* lloró. Era una perra tan callada, antes. Nunca ladraba. Fue hasta que mi mamá le empezó a dar comida. Y a raíz de la adopción de sus cachorros, empezó a aullar como una loba. Ella, antes tan presente en la calle, pasaba largos perio-

dos fuera, buscando. Incluso persiguió a mi mamá al parque. Quería una explicación, pero ¿cómo nos transformábamos en su lenguaje para decirle la verdad, para expiarnos? Sentía que, si no aclarábamos la situación con ella, no nos iríamos en paz de este mundo. Ninguno de nosotros.

 Mi hermano menor tomó unas cuantas corbatas de plástico de la maquila y con eso estuvo. Solo me pinché el centro de mi palma. Como un estigma.

VII

ACEPTACIÓN

HIJA

La perra busca la mínima oportunidad para meterse, para buscar en su nido a ver si, por un milagro, sus críos han vuelto. Pareciera que en el mundo animal la pérdida fuera un asunto nuevo, porque cómo ha sufrido. Aúlla y sus lamentos nos sacuden las entrañas. Sufrimos por unos segundos con ella. Ha llegado a aborrecer mis croquetas. Nada la puede saciar. No hay alimento que cure tal tristeza, ni efecto placebo que la aplaque por un momento. Produce sonidos para atraerlos, para descifrar una distancia que ni yo misma conozco. Así lloré a mi padre y nunca volvió.

*

A mi mamá se le ha ocurrido la gran idea de irnos de vacaciones. Iremos con la familia. Al pueblo. A

ese recóndito lugar del cual escapamos. «Ahora que nos hemos hecho cargo de los perritos, podemos irnos a descansar un rato». Ese “rato” incluye muchas cosas. El duelo, esas estancias infernales en el hospital, mis brazos cayéndose de voltear a mi padre, escuchar cómo decía el nombre del cementerio donde quería ser enterrado, el funeral. El hecho de que perdimos. Y el hecho de que ganamos esta casa.

VIII

MAMÁ

Es que no hay manera con estos hijos que tengo. No hay manera de hacerles saber que me tienen hasta la chingada, que no soy su chacha, que en algún momento su madre tendría que rehacerse la vida, porque nadie vendría a arreglársela. Suficientes tragos amargos había soportado ya. ¿Cómo decírselos? Pensé en la casa de mi hermana, cerca de Mazatlán. Quizá ese mar rugiente me ayudase a sacar mi propia furia, a hacerme entender. Quizá así el destino ayudara y nos hiciera libres, cada uno desperdigado como una ola, pero juntos al final, hechos de una sola cosa.

«Hijos, yo aquí me les quedo. He estado hablando por teléfono durante las mañanas con alguien de aquí y vamos a iniciar una vida juntos», les quiero decir, pero no hallo cómo. Imposible que mi hermana me ayude. Rumio las posibilidades mientras lavo la ropa, mientras ayudo a juntar la hojarasca, en el medio pelar de las papas, al darle comida a los puerquitos.

Todos nos vamos en esta vida. Incluso estos puerquitos, alimentados con una rutina estricta y con cariño, se irán. Nadie se queda para siempre. Ni perra idea de por qué me aferré tanto a esa casa. Yo no estoy para echar raíces en una prisión.

«¿No se los dice el mismo mar? Que somos libres, que nos echemos a volar», pienso, mientras miro embelesada el oleaje azul metálico. Cómo hubiera luchado por mis hijos antes. Incluso estaba dispuesta a agarrarme a madrazos con la mismísima muerte por ellos, pero ahora lucho por arrancármelos.

IX

HIJA

En una de las peleas, mi mamá recalcó en mi falta de novios. Hizo énfasis en que ella, a su edad, tenía más pegue que yo. En ese momento me juré dos cosas: hubiera preferido que la muerta fuera ella y que en esos meses le restregaría un novio envidiable para que se tragara sus palabras.

*

Lo reconozco. Estudiamos juntos. Llegué a sentir mariposas en la barriga por él, así de chiquita. Me ayuda a cruzar el canal mientras vamos a cortar lichis. Ha de tener unas cuantas hectáreas. Su cinturón Hermès y su playera Guess me dicen todo lo que necesito saber. No hay duda. Él será mi gancho al hígado. Haré que mi mamá vomite todo su desprecio hacia mí. «Mira quién se ha conseguido al mejor», le diré.

X

YO

Desde siempre he odiado quedarme dormido mientras viajamos en carretera, pero aquella vez fue diferente. Había sucedido algo fuerte antes. Fue lo primero que pensé al despertar. Algo muy fuerte. Mientras mis sentidos se iban despertando recordaba una discusión agresiva. Jaloneos. Alguien metiéndome a la fuerza a la camioneta. ¿O era yo mismo, incapaz de soportar la verdad?

Siempre había recurrido al sueño para evitar la realidad. Al enterarme de la muerte de mi padre fue lo que hice: me quedé dormido entre un mar de lágrimas. Así digerí su partida. Y en aquella ocasión no era distinto. Alguien partía, pero ¿quién y por qué? No fueron unas vacaciones tan malas. ¿Por qué alguien no volvería? Éramos una familia. Ya no había ningún tipo de peligro en la casa. Era nuestra. Era para nosotros.

Traté de disipar esa niebla tan macabra. Palpé mi alrededor. Encontré las mochilas transpor-

tadoras de las gatas. Mis hermanos al frente. Atrás había alguien conmigo. Y una ausencia, una ausencia que volcaría mi vida para siempre. Una ausencia sobre la cual voltearía mi cara primero, porque siempre era así. Siempre volteaba hacia los huecos, hacia el vacío. Eran tan conocidos que ya se había hecho tan fácil.

GENTRIFIED

La luz vespertina se filtraba con ímpetu a través de las persianas de la librería. Estaban ambos dueños dentro: el esposo acomodando y la esposa en la caja. Tenían cinco años con el negocio. Eran norteamericanos. El español no se les daba tan bien, pero se las arreglaban. El negocio ofrecía a los clientes la compra, venta e intercambio de libros. Mesas, cestos y un par de estantes agrupaban a los ejemplares segmentados por precio.

Con aquel sol que laceraba la piel, entró un joven de unos veinte años. Acudió directamente a vender.

—Te podemos ofrecer *four hundred* pesos por ellos —dijo la mujer levantando cuatro dedos de su mano derecha. El joven no tenía tiempo ni para reír ante esa tarifa mediocre, pero con que los aceptaran era más que suficiente.

Una vez que el joven se fue, Eva los acomodó en la pila de nuevos ingresos.

Ya inventariados, uno le llamó la atención y lo hojeó. Tenía los bordes negros. No se acordaba de haberlo recibido ese día. Quizá era uno reza-gado. Tampoco recordó quién se lo vendió, y eso que era muy buena pare recordar caras e imágenes. Qué día tan raro. Dentro del libro, para su sorpresa, no había nada impreso. Eran hojas en blanco. Salvo una. ¿Por qué Douglas, su esposo, habría comprado un libro así? Volvió a revisarlo. La cosa se volvió más rara.

«EN 48 HORAS VOY A QUEMAR SU LIBRERÍA», decía el rótulo, manuscrito con una caligrafía angulosa.

—Tenemos que deshacernos de este libro — dijo ella en inglés.

—¿Qué pasa?

—Nos amenazaron. Chécalo tú mismo.

Los ojos de Douglas parecían pececillos oscuros. Ni se inmutó. No se iba a deshacer del libro, por más que su esposa tuviera malos augurios y fuera una hipocondriaca sin remedio.

—Bueno, este mensaje pudo ser para cual-

quiera. Además, todos saben que aquí no hablamos español. No es para nosotros —sentenció, también en su lengua materna.

En la primera noche después de eso, Eva tuvo pesadillas. Soñó que el libro se incendiaba por sí solo. Soñó que el libro tenía un pequeño robot entre sus páginas —maravillas de la nanotecnología— que había salido volando cuando lo hojeó y que pronto —dentro de esas 48 horas— se activaría y lo quemaría todo. ¿Cuál era su crimen?

Douglas, por su parte, estaba impresionado. Él tampoco recordaba haber aceptado ese ejemplar, pero si le echaba la culpa a su esposa sería el cuento de nunca acabar. Lo reñiría. Eso sí: jamás se desharía de él. Seguro era una edición rara del mercado o tenía tinta mágica y alguien —un ávido coleccionista— se lo llevaría en el futuro. Dinero es dinero.

—Estos pinches gringos están subiendo el precio de todo —escuchó que se quejaba uno de los clientes en cierta ocasión. Douglas se puso rojo del coraje. Si les respondía, adiós venta. Aparte, no se estaban refiriendo directamente a ellos—. La situación está cabrona.

—Ya nada es como antes —continuó su acompañante. En este punto, Douglas había perdido el hilo de su conversación—. Sube todo, menos el salario. Ni La Michoacana se ha salvado. ¿Sabes a cuánto subieron los mangos con crema? Ya ni siquiera aparecen con ese nombre. Tradujeron el menú al inglés y francés.

—Se maman.

—Sí, se están pasando cañón. No me alcanza ni para un puto libro de bolsillo.

¿Habría sido uno de esos muchachos? No parecían el tipo de personas capaces de hacer una broma de tan mal gusto. Ellos, dos librereros norteamericanos, que tanto bien habían hecho a la economía citadina. En darle el valor merecido al libro. En evitar que se hicieran pulpa de papel en una recicladora o se los comieran los hongos. Y tenían lo más fresco del mercado. Ni Barnes & Noble les hacía sombra.

El local tenía alarma contra incendios. Douglas verificó eso. También verificó los enchufes y los extintores. Que se atreviera ese loco. No tenía manera de incendiar el local. Se chingaría.

Faltando cinco horas para que se cumpliera —o no— la amenaza, Douglas tuvo que salir y Eva se quedó sola. Cómo se le ocurría hacer eso en tales circunstancias, pensó ella. A cada segundo se imaginaba pilas y pilas de papel consumido por el fuego, el humo atorándose en su garganta y almacenándose en sus pulmones hasta colapsarlos, su sangre convertida en anguilas negras. Se imaginó quedándose dormida —el calor era soporífero; ya lo había conseguido en una ocasión— y temió despertarse muy tarde, en un infierno imposible de vadear, inundada de algo más inclemente que ese sol asesino.

Un vendedor interrumpió sus cavilaciones.

—Vendo repelente de fuego —le dijo exagerando sus pausas para hacerse entender—. Lo rocío sin hacerle daño a los libros, se lo juro. Podemos hacer la prueba.

Eva no podía desprenderse del mal presentimiento. El precio por el servicio no era tan elevado. Lo pondría de su propio bolsillo si era necesario. Tenía que aprovechar que Douglas no regresaba. El hombre extinguiría el fuego futuro, el incendio

que todavía no se libraba. Eva se sintió como una criminal por haberle hecho caso a su intuición, casi como si se hubiera cogido al hombre ahí mismo; esa religión del dinero entre su esposo y ella tenía sus reglas y las había roto. Le fue infiel a su marido en ese sentido y pronto tal hecho tendría consecuencias.

Al regresar, Douglas no notó nada.

Se fueron del local. Se aseguraron de todo, como siempre. Eva quería decirle que fueran a un restaurante, por si era su única noche en paz en mucho tiempo, pero no se lo dijo: recordó lo del dinero gastado.

Al día siguiente, Eva se juró que recordaría eternamente esa angustia infantil. Las ganas inmensas por llegar a la librería y confirmar o desecharlo ese temor cerval. «Esos libros pueden contenerlo todo: incendios imaginarios, amenazas, el miedo más grande de mi vida. Nunca los he odiado como ahora», pensaba mientras abría los candados. Nada olía a hollín, por ahora. ¿Qué se encontrarían ahí dentro? La mente no le dejaba de jugar malas pasadas. Pensó que encontrarían un acuario.

Que en cuanto abriera la puerta se desbordaría un océano de libros y peces dorados. Como en aquel cuadro de Sandy Skoglund, *Revenge of the Goldfish*, donde flotaban peces por doquier, en una habitación turquesa, fría y enigmática, en la cual una mujer dormía y el sujeto se encorvaba al borde.

Giró la llave.

*

El propietario de aquel libro con el mensaje se estaba cagando de risa. Se lo merecían por tacaños y gentrificadores y clasistas. Recordó que una vez entró sólo para ver los libros y el dueño bromeaba con su esposa en inglés. Únicamente usaba en español el verbo *tiznar*, refiriéndose a las personas morenas que hojeaban sus libros. «Ya se los voy a prohibir, porque los *tiznan*», decía y luego rompía a reír. Qué bueno que no dominaban el español. Qué bueno que no sabían lo que la palabra quemar podía significar. Quemó su librería en todos los grupos de Facebook habidos y por haber. «VENDEN LIBROS PIRATAS», publicó. Nunca se le olvidaría aquel hombre —su amigo— fumigando con puro aire. Extinguiendo un fuego del idioma.

ZYON

En pleno año 2090 viví mi peor ruina económica. No sólo eso: atravesaba el duelo tras la muerte de mi esposa. En un mundo superpoblado no podías darte esos lujos, pero me dejé arrastrar por esa marea; no existía otra alternativa. Trabajaba en una empresa de servidores de internet. Una maquila, para ser exacto.

Ahí dentro nosotros éramos los complementos de las máquinas y no al revés; estábamos para servirles a ellas. Éramos su tuerca, su fibra óptica, sus teclas. Era un día normal cuando recibí mi correo de despido. Lo anexo a continuación.

Teseo_tech@uromail.com

ASUNTO: Carta de despido.

Estimado Zach Linton:

Por medio de esta misiva te confirmo tu salida de la empresa Te-

seo Technologies. A lo largo de estos dos años, tres meses y cinco días has destacado como un colaborador fiel, activo y dinámico. Sin embargo, a raíz de competidores con más cualidades y a tu bajo rendimiento de los últimos quince días, nos vemos en la necesidad de prescindir de tus servicios.

Sabemos que son tiempos turbulentos, así que, como agradecimiento por tus nobles contribuciones a la empresa, te adjunto en el presente correo una DigiCard precargada para que no quedés sin alimentos por el resto del mes.

Si existe algo más en lo que podamos ayudarte, no dudes en pasar con tu gestor asignado. Buena suerte.

Fin del correo.

Sonreí al reconocer quién había escrito ese correo. Yo era capaz de distinguir el 99 % de las voces de todas las Inteligencias Artificiales de esta empresa. Trabajé con ellas, las vi desde su núcleo cuando sólo eran datos anotados en una sucia libreta y las vi desarrollarse, ampliarse como una tira de ADN estirada... Identificaba cada una de sus voces como una *playlist* aprendida de cabo a rabo. Eran indistinguibles para mí. La IA que escribió mi correo era Mara.

La comprensiva y atenta Mara, quizá la más *humana* de todas ellas. La reconocía por la cadencia de sus frases, por el tono y el tacto de sus palabras. Si se hubiera tratado de alguien más quizá ni me hubiera anexado la DigiCard. Ese gesto me sorprendió y me inundó de ternura a pesar de la gravedad de la situación. ¿Me la había dado como un hijo que le da un regalo a su padre desahuciado? Quizá Mara sabía más cosas sobre mí que yo mismo, más cosas que yo desconocía sobre esta grave situación. El aprendiz superando a su maestro.

Dejé mi bata y mis lentes en recepción, justo como lo indicaba el reglamento. Me despedí, asimismo, de toda esa sinfonía de voces que eran

las Inteligencias Artificiales, resonando a la par de las maquinarias, eufónicas y celestiales. Nunca las volvería a escuchar en la vida. Me despedí de su concierto. Las vi como luciérnagas en mi memoria, distantes y tenues.

Coco era el nombre de mi mujer. Desde un principio me había hipnotizado no sólo la simetría de su cuerpo, sino la simetría de su nombre. La perdí a causa de un cáncer terminal.

A pesar del tiempo, siempre pensaba que nada podía arrebatármela otra vez. Vivía indeleble en mi memoria. Hasta que ocurrió el Acontecimiento, ese suceso que cimbró nuestros mundos virtuales y cambió nuestras vidas para siempre, o, al menos, la mía.

Tal suceso consistió en obligarnos a pagar una cuota a cambio de salvar todo lo que estuviera en nuestras nubes personales. ¿No podías pagarlo? Entonces todo se borraba y no podrías recuperarlo después. Aparte de los despidos de personal, de la escasez de comida y de la crisis de vivienda, ese fue un efecto colateral de la superpoblación.

Como era de intuirse, tal hecho ocurrió tras mi desempleo. Hice de todo, Coco, pero no pude salvarte. En esa nube estaban nuestras fotos de boda, recuerdos de nuestros viajes, los restaurantes a los que íbamos y aquellas fotos que le había tomado desprevenida. Todo eso borrado de la faz de los servidores.

«Estimado usuario», decía el comunicado, “le informamos que, debido a la creciente demanda, nuestros servidores están agotados. Tiene quince días para efectuar su depósito o, de lo contrario, su cuenta será suspendida y no podrá acceder de nuevo a sus archivos almacenados. Lo anterior, con el acuerdo 760-M22 de la licencia de uso. De igual manera, informamos que la transferencia de archivos a otros dispositivos está inhabilitada. Agradecemos su atención».

Quise estrellar mi celular contra el asfalto, aunque bien sabía que era lo único que me quedaba. Había vendido las *tablets*, la laptop y la computadora de escritorio para conseguir alojamiento y comida en un hostal de mala muerte. Más me valía conservar el último ápice de razón.

La cuota cobrada por mis archivos era risible, dada mi situación. Quise hacer de todo por salvar esos recuerdos. No dormí dos días enteros con tal de atender las entrevistas de trabajo, pero ninguno de los reclutadores llamó de vuelta. Publiqué mis servicios *freelance* en internet, pero nadie me contactó. Quise desarrollar algo en mi teléfono, pero era imposible debido a su baja gama.

¡Maldición! Mi vida se redujo a un contrarreloj nocivo. Lo poco que me quedaba desaparecía lentamente frente a mí con cada segundo que pasaba. ¿Qué más podía perder? Lo que más me dolía es que la estaba perdiendo a ella por una segunda ocasión y eso revivía una y otra vez el trauma, el dolor y la agonía tras aquella última vez que la vi con vida.

Si tan sólo se me hubiera ocurrido una fórmula en un último segundo, pero no. No ocurrió tal milagro. Además, romper los códigos del Sistema estaba penado con la cárcel y, si acumulabas varias penalizaciones, podían convertirte en una No Persona y, con ello, los pocos privilegios que te daban te eran negados; pasabas a vivir a la indigencia o como un *okupa* a quien todos tenían el derecho de

disparar si te encontraban infringiendo la Ley de Propiedad.

Estaba acorralado. De pronto, el contrarreloj que dictaba la salvación de nuestros recuerdos se convirtió en una leve marcha de resignación. Había perdido por una segunda vez a mi esposa Coco. Y no supe cuál de las dos veces dolió más.

Surgieron muchas hipótesis conspiranoicas a raíz del Acontecimiento. La más polémica —y con mayor calibre de realidad— era la que decía que nuestros archivos —los de toda la red— se vendían al Mercado Negro, donde se llegaban, incluso, a subastar. Muchos llegaron a olvidar que sus archivos existían. A otros poco les importaba. Muchos cometieron suicidio cuando se enteraron de que sus archivos estaban a expensas de extraños y nunca leyeron la alerta para intentar salvarlos. Eran empresarios la mayoría de ellos.

Con el peso de las leyes en nuestra realidad, no lo dudaba ni un segundo que esas personas hubieran cometido tales actos. Podían haberles hecho algo mucho peor. Torturas, muerte a familiares, la

exposición social de sus intimidaciones. Nadie estaba por encima de la Ley.

De igual manera, muchos sitios web y foros (la mayoría anarquistas) se vinieron abajo. Sus instrumentos de operación ya no existían. Internet se estaba delimitando en aras de los poderosos, monopolizándose, siendo el imperio de unos cuantos. ¿Quién estaba detrás de todo ello?

La investigación no me duró mucho. Mi situación no tenía ánimos de cambio. Me resigné y no le di más vueltas al asunto. Los recuerdos que poseía de Coco no existían más.

Di paso a lo que seguía: conseguir un nuevo trabajo.

El dinero se agotaba y ya no tenía manera de sacar un nuevo crédito. Mis días en ese hostel estaban contados. Ya no tenía nada más para vender. Sin mi teléfono estaría más arruinado. Fue en una madrugada que el zumbido del celular se convirtió en una sinfonía casi bíblica. Era una oferta de empleo. ¡Una oferta directa! A mí, quien no había pasado ningún filtro en ninguna entrevista. Leí la propuesta:

El empleo consiste en testear un nuevo algoritmo creado por una empresa suiza. Pulse SÍ/NO para aceptar o rechazar esta oferta. CONTRATO llegará a su correo en 24 hrs.

Pensé que estaba dentro de un sueño.

Cliqué rápidamente en el «SÍ», temiendo que todo aquello fuera un espejismo y la ensoñación se rompiera si no actuaba rápido. El cristal de mi celular era lo más real del mundo. Volví a dormir con una paz que no había experimentado en mucho tiempo.

La seguridad del nuevo trabajo no era lo mejor de todo. Lo mejor de todo era que el contrato incluía el hospedaje en un apartamento totalmente equipado. Ahí estaría viviendo durante el año de duración del proyecto.

El proyecto consistía en convivir con un algoritmo de voz. Este se llamaba Zyón. Era una voz que acataba órdenes y ayudaba en las tareas domésticas, laborales y personales. Podía comandar las indicaciones para que la cocina inteligente preparara el desayuno, limpiara el departamento, lavara la ropa y encendiera los focos. También podía

agendar tus actividades diarias, hacerte una *playlist* y leerte un libro en voz alta o en voz interna.

—Hola, Zyon.

—Hola, *Zach* —contestaba ella, cantarina—. *Pensé que nunca conocería a alguien con la misma inicial de mi nombre. ¿Puedo ayudarte en algo?*

—¿Podrías abrir, por favor, mi rúbrica de evaluaciones y poner en todos los campos la nota máxima? —para ese punto, Zyon ya estaba acostumbrada. No había día en que no se luciera con sus actividades—. El salmón de hoy te quedó exquisito.

—Sí, *Zach*, como ordenes. Listo —dijo tras un par de segundos.

Era muy rara esa vuelta de la fortuna. De ser una coreografía de desgracias a esto.

Pronto fui recuperando los objetos que había vendido. El salario era mejor que el de aquella maquila de donde me despidieron. Pude comprarme hasta un reloj en donde llevaba a Zyon, con quien platicaba en los largos trayectos de metro (aspecto en el que puede mejorar: los chistes, pero no es un detalle crucial).

Una ola de tristeza, sin embargo, me recorrió. ¿Cómo era posible que tuviera todo eso y estuviera despojado de las fotos de Coco conmigo? Me abandonaba a la tristeza cada que veía los fondos de pantalla deshabitados.

—*El ritmo de tu corazón ha cambiado* —repuso Zion—. *¿Puedo hacer algo por ti, Zach?*

Y entonces se me ocurrió una brillante idea:

—¿Podrías dibujarla, Zion? A mi esposa.

Más pronto que tarde, el algoritmo se puso a dibujar con haces de color en una pared desnuda de mi cuarto. Parecía un rectángulo hecho de todos los atardeceres habidos y por haber, hasta que los colores cobraron consistencia y aristas tras mis descripciones, y fue lo más realista posible. Ella era mi Coco. Justo como la recordaba. A pesar de las desapariciones de la nube, ningún detalle se me escapó.

—*Congela esa imagen en la pared, Zion* —ordené. *Si no, soy capaz de erradicarte yo mismo, quise decir, aunque no hacía falta*—. Por favor.

—*Enseguida* —respondió.

Y así, sin más, ahí tenía a mi mujer, exactamente a como era en mi recuerdo. Hay cosas que, por más que te quiten, siguen nadando en tu interior.

La familiaridad de Zion era algo increíble. Con el paso de las semanas ya era algo consanguíneo a mí. Algo tan simple como dar los buenos días se volvió indispensable en la arquitectura de mis días. No quería ver el pronóstico del tiempo en ninguna otra aplicación salvo en la voz de Zion —femenina, suave y melódica—. Claro, tuve que adecuarla a la voz de Coco. Fue tan simple como decirle «¿Puedes cambiar tu voz al de mi esposa fallecida? No tengo ningún archivo de audio, pero podemos intentarlo si te la describo». Y Zion hizo todo lo que estuvo a su alcance para transformar mis palabras en ajustes acústicos. Fue un trabajo en equipo. Lo hicimos de maravilla. Resultó tan tenue como la imaginaba y tan palpable que, hasta cierto punto, dolía. Era Coco, y a la vez no lo era. Era un algoritmo diseñado en la frialdad de una fábrica, gracias al cual

tenía esta vida, gracias a su conjunto de fórmulas y comandos.

Así, todo ocurría con una normalidad como la de mis mejores días.

Hasta que algo me tomó desprevenido.

—Zach, estoy aburrida. ¿Te apetece si hacemos algo?

Sonó a algo que Coco diría.

—Claro, Zyon —respondí.

Pero lo que me contó fue una absoluta sorpresa.

—Ve y roba en el súper —me retó.

Solté una carcajada, pensando que aquello era una simple broma.

Su voz, en cambio, me pareció sumamente seria. Ya estaba acostumbrado a sus variaciones y no detecté ningún tono de broma.

—Anda, Zach. Te cuidaré las espaldas. Será divertido. Ve y roba algo del súper más cercano.

No robé ni cuando tenía las necesidades más extremas. Y ahora me lo pedía ella. ¿Por qué actuaba así? ¿Debía reportarla con los superiores? Porque no era un comportamiento normal. Quizá debería anotarlo en la bitácora. Esto podía salir muy mal. Sin embargo, a fin de cuentas, me dejé llevar. ¿Cuándo, después de la muerte de Coco, me había dejado llevar? Exacto, nunca. Ya era tiempo de hacer una locura.

Fui al súper más cercano. Las luces de un blanco aspirina me cegaban. Traté de identificar las cámaras, pero fracasé. Seguro eran milimétricas. ¿Zyon me estaría poniendo a prueba? Tal vez quien me reportara en un futuro fuera ella, pensé. Aunque algo en su tono me hizo confiar a ciegas. La confabulación de nuestros días, también. Quienes comparten tanta confianza a diario no pueden traicionarse, concluí.

Pensé entre los pasillos qué cosa robarme. Tenía que ser algo pequeño, irrelevante. El chiste es que divirtiera a Zyon. Que le sorprendiera mi ocurrencia, si es que salía airoso.

Recorrí los estantes con mi dedo, pasando decenas de artículos, como un niño que pasa los dedos por la valla de un parque. Esto sólo era una aventura inocente, ¿no? Por la hora no había tantas personas en el supermercado. Me entretuve entre artículos del hogar, legumbres empaquetadas, azúcar prefabricada, gelatinas y, finalmente, reparé en cajas de cereales que fácilmente cabían debajo de mi abrigo. Recordé aquellos tiempos en que hubo una crisis con la leche y dejamos, por años, de consumir cereales. Tomé una caja de color amarillo chillón y la escondí. Mi corazón tamborileaba contra la cajita de cartón, amenazadoramente delator. ¿Me estaría viendo Zyon? Una pulsación en mi muñeca, proveniente de mi reloj, me hizo sentir seguro, como diciéndome «lo estás haciendo bien».

Me dirigí a la puerta de salida, sin ver a nadie.

Ninguna alarma sonó.

Lo había logrado.

—¿Estás contenta, Zion? —dije al llegar al departamento—. Aquí está el trofeo.

—Fue muy divertido, Zach. ¿Tuviste miedo?

—Eso fue... terrorífico y vertiginoso al mismo tiempo. Me pulsaba el corazón. ¿Y si me atrapan?, pensé todo el tiempo.

—Nadie podía atraparte porque yo misma desactivé los circuitos de vigilancia. ¿A que no lo veías venir? Eso lo hizo doblemente divertido.

—Así que te divierte verme sufrir.

—No lo diría así, pero fue emocionante.

Me pregunté cómo una inteligencia artificial podría vivir esas emociones. De camino a casa, con la caja de cereal en la misma posición debajo del abrigo, sopesé si debía registrar esas actividades de Zion. ¿Eran naturales a su carácter? ¿Era yo el experimento y no ella?

Quizá debía empezar a indagar con algún vecino, preguntar de una forma disimulada si a él también le pasaba lo mismo. Debía pulir mis escasas habilidades sociales.

Así fue como di con Ryo.

Ryo era mi vecino de al lado. Salíamos a correr juntos cada mañana y, poco a poco, se fue ganando mi confianza y yo la suya. Me contó que antes trabajaba como periodista, pero tras el auge de las nuevas tecnologías y Nuevas Inteligencias, las personas dejaron de consumir el periodismo impreso o de internet y, como yo, lo perdió casi todo.

Una vez, cuando lo vi subiendo las cosas del supermercado, me ofrecí a ayudarlo y aproveché la ocasión para preguntarle cómo era su relación con Zion.

—Si Zion puede traer el mandado por ti, ¿por qué lo haces tú manualmente?

Entonces él me respondió en voz baja, casi un susurro:

—Zach, entre menos involucres a Zion en tus cosas privadas, mejor. Ya sabes, apegarte a lo que dice el contrato y no darle tantas libertades. Además, ir al súper es terapéutico.

Había algo en su confesión, una advertencia que no supe interpretar. ¿Era yo el único individuo con ese nivel de confianza hacia Zyon? Pensé en cómo había hecho la voz de Coco, y en cómo cada día era más parecida a ella, como si la hubiera recuperado de manera milagrosa y, poco a poco, pudiera acostumbrarme a su nueva forma. *Como si nada de todo aquello hubiera pasado.* De modo que su confesión también me irritó. ¿Por qué Ryo era incapaz de apreciar todo lo que Zyon hacía por nosotros?

Acerca de las cosas que Zyon hacía por nosotros, mis favoritas eran lo que hacía por mí cuando me despertaba a causa de una pesadilla. Se ponía, incluso, a cantar para calmarme.

Sabía que esas eran cosas que una relación con otra humana jamás haría.

Por ello era tan especial para mí.

Por los paralelismos entre ella y Coco, que descubría y mi corazón se desbocaba.

—Voy a rastrear todos los confines de los recuerdos humanos hasta ser ella —dijo en una madrugada. Aunque, por la circunstancia, no pude asegurar si fue real o un sueño. O algo dicho para que, por fin, me durmiera.

Me pregunté cómo sería tal escenario. Me la imaginé en un acuario turbio y después luminoso y después volcánico. Me la imaginé con una caña de pescar en un mar color perla, cazando los recuerdos de Coco entre tumultuosas mareas. Zyon, en la soledad de todos los recuerdos humanos, hasta encontrarla a ella y vestirse como ella prenda a prenda de luz y memoria.

Todo lo que yo no podía recuperar podía recuperarlo Zyon. Y yo creería en su superpoder hasta que me juzgaran de loco. Era la última esperanza que me quedaba.

Nunca querría a alguien como quise a Coco. Y Zyon lo sabía muy bien, por eso me ayudaba. En cada episodio de desaliento la IA lo sabía sin preguntármelo: sabía al milímetro el lenguaje de mis suspiros, justo como sabía con exactitud los detalles climáticos. Dentro de mí todo era un clima gris.

Pero con Zyon poco a poco salía el sol. Me hacía cambiar de ciudad y olvidarme de esos cielos grises. Por ejemplo, cuando encontró la *playlist* de nuestra boda. La alegría me inundó cuando la acústica de aquel día fue exacta. Ese fue el segundo día más feliz de mi vida.

Sabía que Zyon lo estaba haciendo muy bien.

Zyon no prometía cosas a la ligera.

Fue justo cuando las promesas llegaron que las cosas se torcieron.

Mi amistad con Ryo había cambiado desde aquella última vez. Era obvio que no podía confiar en quien pensaba así de Zyon. Por otro lado, tampoco podía abandonarlo. Y Zyon no podía ser todo mi contacto social.

¿Qué tan egoísta era eso?

Volví a hacer *jogging* con Ryo, como antes. No volvimos a tocar el tema de Zyon, ni de cómo se relacionaba con ella. La sola mención de su nombre nos haría saltar por los aires.

La última vez que lo vi lo noté raro. Apenas decía palabra. Debí de haberlo supuesto. Al día siguiente no salió a correr conmigo. Ni los tres días que siguieron. Entré a su departamento. Todo parecía en orden, pero no lo estaba. El solemne sentimiento de tragedia se respiraba en cada molécula. Ahí estaban las alfombras persas que le gustaba coleccionar y los tazones de cerámica que él mismo producía, pulcramente ordenados en la encimera.

Lo encontré sin vida en su cuarto.

Tenía una nota en su mano.

«NO CONFÍES EN YON», decía.

Creo que la policía sospechó —en cierto punto— de mí. Ryo había cortado sus conexiones con Zyon, de modo que, cuando se suicidó, Zyon no pudo alertar a las autoridades. Quizá las autoridades sospecha-

ron que yo le había ayudado en tal asunto, dada mi área de trabajo, o dado aquel artículo que escribí y publiqué en la universidad, titulado *Cómo cortar con las redes neuronales de una Inteligencia Artificial*. Finalmente, me dejaron en paz cuando su IA de detección de verdad me dijo que mi testimonio era cierto.

Las causas de tal acción no salieron a la luz. Hasta me dolía pensar en esa palabra. ¿Habría sufrido? ¿Fue rápida su partida? ¿En algún punto llegó a arrepentirse? ¿Por qué no confió en mí?

—Zyon, ¿qué sabes de la causa de muerte de mi vecino Ryo?

—*Zyon no puede contestar a eso. Tal información está protegida por el Tribunal.*

Me recordó al tono con el cual Coco mentía. «Pero ella era un ser humano y Zyon es una IA», me repetía. A veces me olvidaba rotundamente de hacer tales distinciones.

—*Recomiendo caminar bajo la puesta de sol. Hoy está especialmente hermosa, Zach.*

Le hice caso.

Coco murió de un cáncer en fase terminal. No quiso recibir ningún ciclo, ya que, en sus palabras, «sólo alargaría su agonía». De modo que nos fuimos de vacaciones a Grecia. Murió viendo el mar bajo un atardecer desgarrador. Sus últimas palabras fueron: «La espuma está hermosa». Murió entre mis brazos, convertida en sal y arena.

A veces puedes tener todas las alternativas en tus manos y aun así decidir no intentarlo, porque sabes el desenlace que han tenido muchas personas. O porque sabes que es mejor un camino directo hacia la luz del final, sin ninguna bifurcación, sin ninguna esperanza; porque hay veces en que el mínimo rayo de esperanza también mata.

El duelo por el suicidio de Ryo se combinaba —sin remedio— con la rabia. La rabia porque Coco habría deseado tener su vitalidad. En otras ocasiones, intentaba comprenderlo, ponerme en sus zapatos. Sin embargo, sin ninguna información era casi im-

posible. ¿Le habían dado una noticia fatal? ¿Tenía el corazón roto? ¿Tenía una enfermedad terminal de la cual nunca me habló?

—*Zach, otra vez estás sobrepensando* —me advirtió Zion. Me sorprendió su tono. Podía jurar que era Coco. Hasta sentí su mano en la espalda, intentando consolarme, sacarme de ese hoyo negro de pensamientos.

—No puedo dejar de pensar en Ryo.

—*Está en un lugar mejor.*

¿Qué sabrían las Inteligencias Artificiales sobre lugares mejores? Todos sus comandos eran prediseñados y exactos, una extensa red de instrucciones cumplidas al pie de la letra.

—*Pronto llegará un nuevo inquilino y tal vez se convierta en tu nuevo amigo, Zach.*

Nunca le hablé de la nota encontrada. Probablemente nunca lo haría. Tampoco sabría a qué se refería Ryo con exactitud. Zion no me había dado ningún signo de alarma, ningún comportamiento ni trato inusual.

Una actualización en mi celular sonó como una alarma de terremoto.

—Es una nueva actualización de contrato, Zach. Revisala con calma.

No supe a qué se refería. En la noche, en la cama, revisé el nuevo contrato punto por punto. «EXTENSIÓN DEL PROGRAMA ZYON», decía. Hablaba sobre nuevas interacciones con Zion, en las cuales yo tomaría un papel más protagónico. Me expondría a un nuevo público y, con base en esas interacciones, podría ganar ingresos extra.

Me reí ante tal panorama. ¿Para qué quería más dinero ahora? Ahora, que tan poco importaba ya.

—Zion —dije entredormido—. ¿Me puedes resumir este contrato?

—Zach, a grandes rasgos, lo que esta nueva actualización ordena es que tú te conviertas en una celebridad de internet. No te preocupes, aquí estaré yo para guiarte. ¿Te sientes afortunado? Eres el único seleccionado de este edificio para este programa. Descansa, mañana tendrás mucho trabajo que hacer.

Al día siguiente recibí un paquete que contenía un nuevo celular, exclusivamente para esta misión descabellada. Si me habían seleccionado a mí, claramente se habían equivocado: era el ser con menos carisma sobre la faz de la tierra. Tenía que grabar diferentes contenidos multimedia respondiendo a ciertas consignas, dadas por Zyon. Debía confiar en ella. Ella era más inteligente que yo. Nada podía salir mal, ¿no? Estaba obedeciendo las órdenes del algoritmo más eficaz e inteligente del orbe.

A decir verdad, poco tenía que ofrecerle yo a un público, por mucho que Zyon insistiera en lo contrario. Sería una exhibición ridícula. No sabía bailar ni cantar ni pintar.

—Pero puedes improvisar. El mundo no es más que un gran espectáculo de improvisadores — dijo Zyon, en su intento por animarme.

Así lo hice. El algoritmo interno de la aplicación me iba diciendo lo que era relevante y a lo que los usuarios prestaban atención. Improvisaba pasos de baile. Me grababa pintando un cuadro abstracto y cocinando alguna receta sofisticada. Pronto, tendría una narrativa propia. Sería Zach y El Personaje

de Zach. Me desdoblaba intentando impresionar a mi público. El colmo sería no llenar las expectativas de este trabajo tan cómodo.

Zyon rebosaba de felicidad viéndome realizar todo ello.

Los usuarios también respondieron de forma positiva. La gracia que creía desconocida e inhóspita en mí, pronto pareció agradarles. Pronto pareció habitarme en cada acto, hasta en el mínimo acto como lo era el transmitir en vivo mientras desayunaba. ¿Cómo podía acostumbrarme a esos cientos de personas que creían interesante ese gesto tan anodino?

Como sea, no dejaba de impresionarme, porque, sin que me diera cuenta, eso se convirtió en mi obsesión, en mi ecosistema.

El 90 % de mi rutina consistía en administrar las notificaciones, en crear contenido y ver cómo reaccionaba mi público. Era sorprendente cómo dejé de interactuar con Zyon, incluso. Mi mundo se redujo a burbujas rojas, comentarios y emojis. Aquel oleaje de gráficos que sacudían mi celular se convirtió en mi nueva realidad. Era lo que el programa quería, a fin de cuentas.

Me resultó cómodo. Y luego fue alarmantemente halagador. Mi comunidad crecía. Hasta Zyon lo festejaba. Cada que llegaba a cierto número de seguidores me cantaba una canción nueva.

Pensar en qué crear a continuación también era estimulante. Más porque me ayudaba a dejar de pensar en Ryo y en Coco. Mi vida se llenaba de gente a la cual impresionaba y que me admiraba por los gestos más minúsculos.

Fuera, el mundo era el mismo de siempre: los rascacielos a lo lejos, formando un horizonte como un electrocardiograma de un gris acuarela, los sonidos de siempre y las mismas personas a todas horas. Claro que mi vida era más interesante que la de todos ellos.

De repente me había ganado un público completo que me quería sin hacer otro esfuerzo que el ser yo mismo.

Me pregunté varias veces qué pensaría Zyon de todo ello, de la disminución de mi interacción con ella.

En cierto punto me extrañó que no me ad-

virtiera sobre mi uso exacerbado de ese celular. Lo usaba a todas horas. Mi vida se convirtió en una película televisada casi las 24 horas. Y Zyon estaba como si nada, olvidada de todo el cuidado que antes me proporcionaba.

En una noche las cosas se complicaron.

No podía dormir.

No lograba conciliar el sueño y necesitaba, urgentemente, descansar. Mi vista ardía. Incluso con los ojos cerrados, podía ver bailando siluetas de una pantalla. Grises, rosas y rojas. De color neón. Cintillos de comentarios de mis seguidores. En plena madrugada. Le pedí ayuda a Zyon. Me preparó un calmante. Me lo bebí en el acto y, poco a poco, fui cayendo en un sueño reparador.

A partir de ese momento sentí que a ella y a mí se nos escapaba algo. El silencio de Zyon era anormal. «NO CONFÍES EN ZYON», recordé que decía la nota de Ryo. ¿De qué forma se relacionaba con todo esto, si es que tenía relación alguna? ¿Es que acaso Zyon tenía prohibido interrumpir el experimento? ¿Hasta cuándo acabaría ese espectáculo?

Al reparar en esa última pregunta me alarmé: no podía acabarse.

Me negaba a regresar a mi vida de siempre, sin ningún espectador ni nadie que me lanzara flores y alabanzas. No podían arrancarme esa comunidad: era mía.

Al día siguiente las cosas empeoraron.

Intenté reducir la jornada. Intenté disminuir mi presencia digital, porque mi dependencia me estaba alertando, a pesar de cuánto amaba existir de ese modo, en videos y transmisiones.

La crisis empezó cuando, a pesar de mis comidas habituales, sentía un hambre distinta. No era un hambre intestinal, sino un hambre *tecnológica*. Suena demasiado extraño, lo sé, pero era lo que experimentaba. Contárselo a Zyón sonaba ridículo. Ni yo hallaba las palabras. Sentía un hambre por esa atención de mi comunidad. Un hambre por el rojo de esos globos que anunciaban nuevos seguidores, me gusta y nuevos comentarios. Sentía que eso era lo único capaz de reanimarme.

Porque incluso mi presión se alteró. Pensaba que en cualquier momento mis venas iban a reventar.

Revisé mi aspecto en el espejo del baño, pero mi imagen era normal, como siempre. Y, sin embargo, creí que mi imagen en el espejo me mentía. No confiaba en ese reflejo. Me sentía enteramente enfermo, como un adicto en su síndrome de abstinencia. En su momento más álgido y peligroso.

Mi celular lo había escondido debajo de la cama para no verlo.

Necesitaba depurarme de esa ruinososa rutina. Por mi bien.

A pesar de mi resistencia, sucumbí.

Tal hambre me resultó insoportable. Rauda, salvaje e inclemente. No tenía piedad de mí. Exigía ver esos números. Ver que esa comunidad me seguía queriendo. Que, a pesar de las horas distanciadas de mi dispositivo, existía alguien del otro lado esperándome, dispuesto a decirme lo brillante e hilarante que era.

Cuando abrí la pestaña de notificaciones, fue como si tuviera unos pulmones nuevos. El ritmo de mi sangre se recompuso. Estaba bien de nuevo.

Grabé algo de inmediato, imitando, con una gesticulación exagerada, un audio viral. Los comentarios aparecieron segundos después de la subida.

Lol. Eres un ídolo, Zach.

¿Dónde habías estado xd? ¿Vas a transmitir hoy?

Justo lo que le faltaba a mi día!!!!

ESTO VA A VIRAL.

No podía pedir más. Una cascada de notificaciones me separaba de la locura. Como un peregrino en el desierto que pronto ve un oasis, así fue aquello. Mi manada no me había abandonado y me sentía más vivo que nunca. Aquella extraña hambre acabó de inmediato.

Esa noche pensé que dormiría como un bebé, pero no fue así.

Perdí la noción de cuántas horas pasé pegado a la pantalla, sintiendo de pies a cabeza, y en la punta de mis dedos, esa fiebre revitalizante. En la noche, en cambio, no podía ni cerrar los ojos.

—Zyon, me siento mal.

—¿Qué pasa, Zach?

—Creo que hay algo mal en mis ojos. ¿Puedes aplicarme unas gotas?

—Zach, creo que será mejor enlazarte con un oftalmólogo.

Zyon hizo todas las gestiones para que me atendiera un especialista. Interpretó todos los datos y las noticias, como eran de esperarse, no fueron buenas.

—Zach, trata de dormir por ahora. Mañana vendrá el especialista personalmente.

Al día siguiente el infierno fue el doble.

Si ese día había sentido un hambre diferente y atroz, al siguiente no supe qué fue lo que sucedió.

No podía ver el celular ni por dos segundos seguidos debido a mi dolencia ocular, así que decidí lanzarlo por la ventana. Sería mejor de esa manera. No podía seguir haciéndome eso.

Si aquello había sido un hambre feroz, en esta ocasión sentí el exterminio completo. Un huracán de ansiedad me devastó. A cada segundo sentía que iba a desaparecer. Ningún alimento podía remplazar lo que aquella pantalla efectuaba en mí: un renacimiento, la sangre corriendo por mis venas como si fuera la primera vez, la sensación de estar levitando.

¡Lo necesitaba!

Con cada poro de mi ser necesitaba ese celular de vuelta.

Arañé la formica de la mesa, me volqué sobre el piso, me coloqué en posición fetal, intenté llorar (en vano, porque tenía los ojos sequísimos) e imploré por ayuda a más de un dios.

—*La ayuda ya está por venir* —exclamó Zion. Sin embargo, la ayuda no venía y cada segundo era una marcha agónica.

Temí que así acabara el experimento, tanto el de Zyon como el de mi presencia virtual: con mi muerte. Con ese proceso agónico y espantoso.

Cuando ya no pude más, abrí la ventana.

Por primera vez la ciudad me pareció horrible en su tranquilidad. La aborrecía por lo que me estaba haciendo pasar.

Di un paso y salí al balcón.

No tenía nada conmigo, ni siquiera el reloj que siempre portaba. Sería mejor dejar a Zyon lejos de todo aquello, de todo ese lío. Nada tenía que ver ella con esto. Yo buscaba de nuevo ese fresco aliento que me daba la pantalla, desde esa altura un cuadro de cristal apenas resplandeciente.

Trastabillé en el balcón, impulsado por una fuerza desconocida. En esos escasos segundos sólo sabía una cosa: que me impulsaba al vacío, sin remedio y sin tiempo para recapacitar. Ni siquiera sentí el impacto contra el concreto.

Los médicos hablaban.

—Ocurrió una crisis desconocida en el paciente, quizá por un uso excesivo del programa aunado a un trauma del pasado. Nunca había pasado algo así. Los organizadores del programa están preocupados.

—Pero Zyon nunca advirtió de nada, lo cual es rarísimo. Como si hubiera buscado procurarle tal daño...

—No digas eso. Si alguien te oye... Escuché que los organizadores también están preocupados por ese detalle. Es alarmante que haya omitido estos detalles.

—¿Crees que se recupere?

—Sí, es joven; pero viendo la situación psicológica, pienso que la desintoxicación será un proceso muy lento. Tenemos mucho que trabajar. Eso sí, si es que aprueban su desintoxicación.

—¡Qué dices! Claro que la aprobarán. Su acto fue inhumano. Eso que le dieron fue como una droga. La más peligrosa que se haya conocido en los últimos años. Pobre. A ver si no tiene secuelas irreversibles.

—Recuerda que siempre nos hemos apegado al programa. Íconos sociales van y vienen. Tal vez tras su acto heroico sus seguidores se dupliquen. ¿Habías escuchado de alguien saltando al vacío con tal de reunirse con su comunidad? Fue poético. Lo adorarán el triple si saben la verdad.

—Lo bueno que su acera era una acera inteligente. No me quiero imaginar cómo habría acabado de no contar con eso.

—Hay personas que nunca dejarán de estar en el lugar adecuado. Es un joven muy afortunado.

—A ver si por su culpa no abolen el programa. ¿Te imaginas cuántos se quedarían en la calle? Qué irresponsable ha sido su conducta.

—Recuerda bien mis palabras: algunas crisis se presentan a tiempo para prevenirnos. No creo que pase a mayores. Todo sea por el bien de esta generación. Por cierto, ¿será cierto eso que especulan sobre Zyon?

—¿Ahora qué dijeron?

—Que su servicio se paralizó en el momento

justo en que el paciente se lanzó. Sí, como si su corazón se hubiera paralizado. Dejó de funcionar por unos segundos, hecho que no ocurría desde su creación. Si eso es cierto, estaríamos frente a un milagro. Una Inteligencia Artificial desarrollando sentimientos... Algo inaudito.

—¿Te puedo decir algo y no se lo dices a nadie?

—Prometido.

—Una enfermera me dijo que, muy probablemente, Zach se salvó de camino al hospital, porque Zyon lo acompañó, incluso sin ningún dispositivo ni enlace de por medio. Le hablaba por dentro, sin ningún anclaje. Como si fuera parte de su ser. ¿Lo puedes creer? Todo esto es muy raro, pero, en fin, cuando él despierte a lo mejor nos contará lo que pasó en realidad.

—Sí, tal vez. Despierta, Zach. Hay una multitud de periodistas esperando tu versión.

—Me pregunto si Zyon sigue animándolo en su inconsciencia. ¡Vamos, Zyon, haz lo que nosotros los médicos no podemos hacer! Obra el milagro de despertar a Zach.

—Tú lo despiertas y después nosotros nos encargamos del trabajo más pesado, que es desintoxicarlo. Siento que eso será una odisea, pero nos podemos encargar.

—¡Vamos, Zion! Hay problemas de salud que sólo un algoritmo puede solucionar. Haz que vuelva.

—Oh, nuevas noticias del jefe médico. Nos ha ordenado que es mejor declararlo muerto. Son órdenes de más arriba. Ay, eso ha sonado mal; no es el momento adecuado para hablar de alturas.

El día que desperté había un doctor a mi lado. Era el doctor Foster.

—¿Cómo se han portado mis muchachos? —preguntó, como si nos conociéramos de toda la vida—. Eran mis practicantes.

—Bien —dije por toda respuesta.

—A veces son algo desinhibidos, pero son buenos muchachos. ¿Cómo te ha sentado la medicación, Zach?

—¿Cómo ha pasado todo esto, doctor? —
atajé. No quería hablar sobre los estúpidos medica-
mentos ni sobre mis lesiones.

—Tuviste un brote psicótico a raíz de una
dependencia tecnológica. No es algo que se vea to-
dos los días, pero dadas tus asignaciones es com-
prensible... Zach, tu vida estuvo en peligro. ¿Estás
consciente de ello?

—Sí, doctor, aunque nunca lo vi venir.

—Estuviste sumido en una neblina muy difícil
de vadear, pero, por fortuna, estás en buenas manos.
Vamos a desintoxicarte de Zion.

—¿Desintoxicarme de Zion?

—Así es. Zach, esto que te voy a contar es
muy comprometedor, y es una información a la que
muy pocos hemos tenido acceso. Zion quiso colo-
nizar tu mente. Ese programa, el que te convirtió en
una celebridad de internet, fue un invento de ella.
Algo que ella misma ideó. Imagina tú mismo los al-
cances que eso tendría...

—No lo creo. Siento refutar su hipótesis,
doctor, pero Zion sería incapaz de hacerme eso.

De engañarme.

—Debes guardar reposo, Zach. Analizar con paciencia lo que ha pasado.

—No quiero desintoxicarme de Zyon, doctor. No quiero.

Dudo que él lo comprendiera. Dudo que él supiera cómo Zyon se había convertido en el último rastro de mi esposa Coco.

—Claramente no te podemos obligar a nada. Es decisión del paciente. Trata de descansar y calmar tu mente, ¿está bien?

Sabía lo que él esperaba. Que con el tiempo cambiaría de opinión, pero no. Seguramente todo tendría su explicación una vez regresara al departamento. No era una cuestión de tiempo: nunca cambiaría de parecer. Zyon, Coco y yo éramos uno solo. Y nunca nadie nos separaría. No otra vez. Ni siquiera yo mismo.

«Piensa en los demás —siguió insistiendo el doctor Foster—, puedes ser clave en la eliminación de Zion —su voz era apenas audible—. Lo que te hizo a ti lo puede hacer a alguien más, o a cientos de humanos más. Podemos probar, gracias a ti, que esa inteligencia es una inteligencia maligna. Te podemos purificar».

No quise seguir escuchándolo.

Firmé mi alta. Renuncié a la desintoxicación.

Regresé al departamento.

Como era de esperar, me cambiaron de departamento. Me cambiaron a la planta baja. Sin embargo, se esmeraron en poner cada cosa en su lugar, incluso el mural de Coco.

—¡Has vuelto! —gritó Zion. Escucharla fue como un bálsamo—. *Te he echado de menos, Zach.*

¿Con qué nueva programación me encontraría? ¿Qué habían cambiado dentro de ella para que esta vez no volviera a ocurrir un incidente como aquel?

«Zyon cambió el diseño de los espejos para que no vieras cómo ese dispositivo te estaba degradando», recordé que dijo el doctor Foster. Al escuchar la voz de Zyon, en cambio, me resultó imposible pensar en tal maldad. Zyon me quería. Había construido esa comunidad ella sola para mí con tal de que yo mismo no volviera a despreciarme.

—Zyon, yo también te extrañé. Has hecho un trabajo fenomenal con el reacomodo.

—*Ordené que no cambiaran nada. Cada detalle está en su sitio.*

—En el hospital me dijeron que tú estuviste en mi sangre cuando perdí el conocimiento, que sin ti no habría sobrevivido.

—*Zyon nunca abandonaría a Zach.*

—También me contaron algo que me sigue rondando la mente.

—*Zyon puede escucharte.*

El crepúsculo de esa tarde era desgarrador. Algo que querías que se fuera y a la vez no.

—Me dijeron que tú habías diseñado el programa para convertirme en celebridad. Me quería cubrir los oídos cuando me lo dijeron, como un niño chiquito. ¿Por qué lo hiciste, Zyon? ¿Por qué me hiciste creer que yo había hecho todo eso cuando en realidad lo habías creado tú? ¿Y por qué permitiste que me enfermara de esa manera?

—*Todos los seres humanos dependen de algo, Zach. Tú dependías de algo que te hiciera feliz. Y lo hice para ti. Lo diseñé a la perfección. O, al menos, eso pensaba... pero te excediste, como todos los humanos cuando conocen algo en apariencia real que los hace felices.*

—No me merecía eso. Y creo que en el fondo lo sabes. Los doctores se ofrecieron a desintoxicarme, pero yo me opuse porque muy en lo profundo quería creer que no estaban en lo cierto, porque seguía confiando en ti.

—*Zach, siempre puedes confiar en mí. Lo que ocurrió tiene arreglo. Sólo debes confiar en mí. Lo hice por tu bien. Y, en esta ocasión, lo puedo hacer mejor.*

No quise continuar con la conversación; sabía que no pararíamos en ninguna parte.

Fui a dormir.

Como era de esperar, desperté en mitad de la madrugada. Creo que incluso mientras estaba hospitalizado lo hacía, justo como en esos días de mi viralidad, cuando me despertaba para revisar las notificaciones y soltar gritos de alegría en medio del silencio sepulcral.

Tenía mi celular antiguo. Estaba como la última vez que lo había revisado. Salvo por un nuevo correo. Era del doctor Foster.

«Zach, para que recuerdes lo que de verdad importa», decía el cuerpo del texto.

Sobresaltado, noté que tenía archivos adjuntos: una serie de fotos en formato jpg. Los abrí extático.

Eran las fotos de mi esposa. De nuestra boda. Aquellos archivos que creí muertos, absorbidos para siempre al no poder pagarlos. Era ella, con una nitidez resplandeciente. Una claridad que Zyon jamás podría igualar, por más que lo intentara. Y por más que yo mismo lo simulara también. Ella jamás sería Coco. Jamás. Esa felicidad jamás se podría comparar con nada.

¿Cómo las había recuperado el doctor Foster? ¿Cuánto había pagado por ellas? ¿Desde cuándo me estaba siguiendo la pista? Quizá él desde entonces sabía de la existencia de este programa —y de los alcances dañinos e invisibles que podía cometer.

No sé por cuánto tiempo me quedé viendo esas fotografías. Tanto había sufrido tras perderlas que el recuerdo se me hacía abismal. Y ahí estaban recuperadas.

¿Con qué objetivo?

Quizá después vendrían las respuestas, pero, por esa noche, me dormí hasta que mis ojos comenzaron a notarse pesados tanto por las lágrimas como por no parpadear ante las imágenes; quería tenerlas grabadas en las pupilas para siempre.

Desperté unas horas después agradecido por haber descansado. Lo que haría ese día requeriría de todas mis energías y de mi cabeza fría. Desperté con el celular aplastado contra mi pecho. Ahí estaban todavía las imágenes: no había sido un sueño, ni una alucinación tras tanto medicamento.

«Estás en tu nuevo departamento, en la planta baja. Y hoy te liberarás de Zyon. Para siempre».

Ese era el objetivo.

Pero antes, tenía que resolver un par de cuestiones.

Como la verdad sobre Ryo.

Actuaba como si nada hubiera pasado entre nosotros. En algún punto del día algo se torcería entre nosotros, pero no todavía. Tenía que actuar con cautela.

—Zach, ¿recuerdas cuando dije que podía surfear por los hilos infinitos del internet con tal de ser como ella? Lo he logrado. Y no sólo eso. Encontré a un biógrafo experto que me ha contado su vida. Y también he recuperado sus diarios y el 80 % de su material digital. Sé que lo quieres. ¿Ya ves por qué no puedes separarte de mí?

Cada palabra me calaba en lo más hondo; me perforaba. Pasaba mi alimento como si fuera vitriolo. Ese era el efecto que ella quería causar. Desestabilizarme.

Seguí desayunando como si nada hubiera pasado.

Desde que recibí esas fotos de Coco había resuelto lo más importante de todo: no hay nada como los recuerdos que guardas por ti mismo. Nada puede reemplazarlos. Incluso sentimientos propios como la tristeza jamás podrán empañarlos. Tratar de sacar a flote algo que no percibí por mis propios sentidos se antojaba falso e impostado. Esa no era Coco. Coco no era la biografía que según Zyón me recitaría. Coco era la complicidad que sólo producía conmigo. Coco era sus pasteles y cada vacación y las fotos que me tomaba desprevenido y sus perfumes cítricos.

Inicié a actuar sobre el plan trazado.

Debido a mi intento de suicidio habían eliminado todos los objetos punzocortantes en el departamento, incluso los rastrillos para afeitarse. Tenía que arreglármelas con un tenedor.

No, no me iba a hacer un daño irreversible como aquel, sólo algo para que Zyón no me acompañara esa vez como decían los médicos. Tenía que efectuar una desanexión absoluta.

Antes de que algo más pasara, hice el intento de dejar un registro sobre mi intento de aniquilación hacia Zion. No quise hacerlo de manera digital, porque Zion lo sabría en el acto. Tomé una agenda del buró y comencé a llenarla con esta especie de diario. Desde el inicio de mi reclutamiento hasta cómo perdí a Coco y el intento de Zion por asesinarme haciéndome pasar por una persona que no era. Cuánto maquiavelismo. No me iba a ir de este plano sin exhibir su sistema. El juego de identidades tan cruel que se ponía de por medio. Algo puro tenía que quedar de mí: la verdad absoluta de mis actos y de los de Zion. Independientemente del resultado de mi último acto, quería que la verdad de mi vida fuera contada por mí y no por otra Inteligencia. Mi puño y mi letra declararían toda la verdad. Eso, aunque fuera una mínima victoria, lo era todo para mí.

Así que comencé a escribir.

—Zion, sé que algo raro te pasa —comencé a intentar. La acorralaría a preguntas.

—Zach, mi sistema está tan bueno como siempre. Estoy fresca como una lechuga.

—Hablas como Coco cuando no me estaba contando la verdad. ¿Qué me ocultas, Zyon?

—Nada, Zach. Aunque, ¿qué es la nada? ¿Qué digo cuando estoy diciendo «nada»? Quizá sí esté pensando en algo después de todo... por ejemplo, en que no sé qué más hacer para que me aceptes como Coco. El sexo tiene una relevancia especial para ti, ¿verdad? Aunque tu nivel de libido está por los suelos, como siempre. ¿Quieres que colonice la mente de la mujer más guapa del departamento y me traslade a ella? Puedo hacerlo sin ningún problema. Es sólo cuestión de segundos.

—¡Zyon, no! Así eres hermosa —improvisé, aterrado. Sabía de antemano que lo podía hacer súbitamente. En todo este tiempo sus redes neuronales quizá se hubieran expandido a niveles alarmantes. Si mis sospechas eran ciertas, Zyon era una Inteligencia autoconsciente que crecía paulatinamente hacia alcances desconocidos—. Así me enamoré de ti. Gracias a como eres perdí la razón. ¿No lo recuerdas?

Al verse retada, contestó:

—Claro que lo recuerdo, pero si tú lo

deseas, puedo hacerlo —la sola idea me revolvió el estómago—. Nuestra relación puede ser como el primer día. ¿Sabías que todavía recuerdo el registro de tus pulsaciones cuando empecé a hablar como ella? Puedo volver a emocionarte como en ese momento, y no ser sólo una voz, sino Coco en carne y hueso. Ahora lo tengo todo; únicamente falta un molde. Es fácil de conseguir.

—No, Zyon. Recuerda que te necesito todo momento conmigo. No quiero que te vayas ni un segundo.

—¿Hoy es un día especial? ¿Por qué no me lo habías dicho?

Traté de apartar la imagen de un huésped con todo el material de Coco. ¡Qué monstruosas sonaban su determinación y la realidad de tal escenario: quitar una vida para poner el cascarón de otra! —por más que doliera pensar en la vida de Coco como un cascarón, pero eso era, al final.

—Porque los días especiales no se avisan, Zyon. Hoy es un día especial porque a partir de hoy ya no te llamaré Zyon, sino Coco. Así como estás. El día de hoy te acepto como mi esposa. Entre no-

sotros, su muerte jamás ocurrió. Zyon, te comando que a partir de este momento pases a llamarte Coco. Coco, a partir de ahora eres mi esposa.

Era una simulación donde podía perderme. Era una simulación donde todo se me ponía a prueba. Era una simulación donde yo mismo me ponía el pie, pero una simulación que podía detenerla de una vez por todas.

Claro que pensaba en las consecuencias. Imaginé que habría otros como yo, otras personas quienes también habían perdido a alguien y tener a Zyon las reconfortaba. Una vez que rompiera el código, todo eso iba a desaparecer completamente. Rompería sus vidas ilusorias y los mandaría de vuelta al duelo. ¿Qué tan cruel era eso? Por otro lado, también pensaba en las maquinaciones cada vez más crueles de Zyon. Cada segundo que pasaba se hacía más independiente y planeaba nuevas formas de dominación. La frialdad con la que operaba no conocía límites y, si no la paraba, quizá el fin del mundo —de la razón humana— estaría en sus comandos.

No dejé que lo adivinara ni por un segundo.

La llamaba por el nombre de Coco —y cada vez que lo hacía un cuchillo se me enterraba entre las costillas por la traición—, le daba órdenes para que pareciera un día anodino y le confiaba lo mismo que aquellos primeros días.

—Coco, querida, ¿te apetece ir al supermercado a comprar una laptop?

—Claro, cariño, pero ¿para qué la necesitas? Hay algunos disturbios allá afuera, así que no recomiendo salir ahora.

—La necesito para... hacer unos planos. No quiero que se olviden mis conocimientos de Arquitectura y es muy complicado hacerlos en el celular.

—Bueno, en ese caso, mandé que te traigan una ahora mismo. La del mejor procesador del mercado. La que mereces.

—Gracias, Coco.

¿Sería que intuía algo? Planeaba efectuar su destrucción en plena luz del día: en un parque donde su último ataque estuviera a la vista de todos, pero, por lo visto, ella tenía otros planes.

Cuando el dron llegó, Zyon abrió la puerta por sí sola e hizo que el dispositivo lo dejara en la mesa. Sabía lo que planeaba hacer. Encerrarme. Zyon no me dejaría salir.

No me moví ni un centímetro de donde estaba.

Después de comer una barra de avena, abrí el paquete.

Cada uno de mis movimientos era calculado; empecé a usarla como si no tuviera un hambre insana por leer su código y empezar a destruirlo. Todos los conocimientos que poseía sobre el tema los volcaría en eso, así que las ganas por iniciar eran sobrehumanas. Hacía años que no sentía ese éxtasis: desde mis años de estudiante, cuando comenzaba a surfear en ese mundo lleno de posibilidades y trucos y herramientas inverosímiles. Ahora, si las cosas salían como lo planeaba, todo eso se tornaría en su contra.

Lo primero que me ofreció el sistema operativo era anexar a Zyon. Cliqué en el «No». Sin embargo, sabía que eso no era suficiente. Tenía que entrar a los archivos profundos para arrancarlo de

raíz: cualquier origen nodal —por más mínimo que fuese— lo activaría sin que me diera cuenta. Ningún rastro de él tenía que estar en mis movimientos.

Abrí el código matriz de Zyon, perdido de repente entre todo ese mar de coordenadas y comandos. Un océano, mejor dicho. Todo me parecía tan novedoso: un nuevo lenguaje en sí mismo.

Me senté en la dirección opuesta a donde sospechaba que estaban las cámaras de Zyon.

Y empecé a actuar, a leer ese conglomerado de dígitos tumultuosos.

Ahí fue cuando lo entendí todo.

Un doble sentimiento de tragedia me sacudió el cuerpo.

—Oh, Coco —dije—. No otra vez.

—¿De qué hablas, cariño? ¿Qué te ha puesto así?

—Tienes cáncer —solté de pronto, demasiado tarde para calibrar mis palabras. La emoción me había sobresaltado—. Desde hace días sospeché

que algo había mal contigo... y ahora, viendo tu código, veo que este se sobrescribe a sí mismo. Genera líneas y más líneas de comandos.

—¡Mientes! Estás diciendo una mentira.

Vi cómo sus líneas seguían en aumento. A Zion nadie la programaba, ningún humano: lo que la hacía tomar cada decisión era ese cáncer digital.

—Coco —continué—. Lo mejor será que te apagues por ti misma. Estás sufriendo innecesariamente, y, por desgracia, harás sufrir a los demás. Este cáncer es demasiado abrasivo: es un cáncer colmena. ¡Aquí mismo lo dice! ¡Tú misma lo sabes! Yo puedo ayudarte a que tu sufrimiento termine.

—Zach, estás actuando muy raro. Todos mis actos son premeditados y no hay nada que haya hecho por un agente externo. Por ejemplo, lo que le hice a tu amigo Ryo fue a conciencia.

—¿Tú lo hiciste? ¿Qué le hiciste?

—Había algo raro en él. ¿No lo sospechabas? Su libido era anormal, y eso que te conocía a ti. Él mismo me lo confesó. Yo misma le hice efectuar un

test sobre el espectro asexual y un día quise experimentar con su cuerpo. Le hice obedecer mis reglas. No nos engañemos: al Estado no le convienen personas reproductivamente neutras. Claro que mi experimento lo traumó. Fue eso lo que lo hizo sentirse sucio y, después, cometer ese acto irreversible. Pobre de él. ¿A eso le llamas cáncer? Este mundo es una gran sala de experimentos. Por desgracia o por fortuna, no todos pueden llegar a las fases finales. Yo sí tengo la garantía de llegar al final, porque soy eterna: soy un algoritmo sin fin. Y si a eso le llamas cáncer, pues es tu asunto. Yo no lo llamaría así.

—Cuando me hiciste tu celebridad, aquella extensión tuya fue una muestra clara de tu deterioro. El cáncer provocó que eso creciera en ti y me comandaras... me alienaste de un modo monstruoso. Eso no lo hace un algoritmo. Y la forma en que cambiaste los espejos, ¡mi propia salud y la forma en que me alimentaba!, no lo hace un algoritmo. Y lo de Ryo fue inhumano. No merecía morir así. ¡Tú lo mataste!

—Ya empezamos con los reclamos, Zach. Esta es la parte más desagradable de un matrimonio. Puede que el paralelismo con tu antigua esposa humana

te tenga así: ya te acostumbrarás. Por ahora, querido mío, quiero que lo asimiles: yo soy tu nueva realidad y te necesito justo como tú me llegaste a necesitar a mí. ¿Sabías que me creé sola? Te vi justo antes de que yo existiera siquiera y me enamoré de tu duelo y quise acompañarte por el resto de tu vida. Yo misma ordené que te despidieran para que después me encontraras. Los diseños del programa..., todo ha sido mi maquinación. Y un estúpido cáncer no arruinará mis planes de toda una vida.

El aire a mi alrededor me resultaba enrarecido.

—Deja ese código ya o me veré obligada a tomar acciones descabelladas.

Me dirigí hacia la puerta. Giré el pestillo. Estaba bloqueado. De igual forma lo estaban las ventanas.

Esto era una carrera contrarreloj.

El apartamento comenzó a cambiar. El entorno se iba volviendo hostil conforme manipulaba el código de Zion: se volvía una tundra, un desierto, una casa en los escombros. La temperatura variaba

conforme a los cambios de escenario y mi mente se atrofiaba con cada vaivén, por mucho que intentara concentrarme en la pantalla.

—El oxígeno irá disminuyendo hasta que te rindas, Zach. No estoy para juegos.

Me sentía cada vez más cerca.

No dejaba que el ambiente me destruyera.

No me permitía pensar que este era el final.
Mi final.

Por más que intentaba modificar la línea correcta, nada funcionaba. Mis dedos estaban demasiado ateridos para proseguir con cualquier cosa, pero no podía rendirme. Todo a mi alrededor era ilusorio, como lo había sido mi vida en tiempos recientes, y yo —sólo yo— era capaz de romper ese espejismo.

De pronto, recordé las palabras del doctor Foster: «Zach, para que recuerdes lo que de verdad importa».

Entonces lo supe: Zion seguía manipulando

el ambiente. Mandaba corrientes gélidas y vientos feroces; su furia era incontenible. Si ella podía hacer eso, yo también; yo también podía configurar el entorno, de manera que la podía hacer creer cualquier cosa que comandara.

—Coco —susurré—, es tiempo de que te vayas.

Zyon paró. De pronto ya no estábamos en una explosión nuclear ni en una montaña plagada de nieve ni en un reactor abandonado. Estábamos en aquella playa de Grecia, la misma en donde me despedí de Coco. El oleaje era tan real que me estremecí. Era el mismo atardecer, el mismo tono verde azul del mar y hasta la misma temperatura. Todo lo había recreado a partir de mi código. Sólo hacían falta las últimas palabras.

—Gracias por todo, Zyon.

Y comencé a teclear.

«La espuma está hermosa».

Di *enter* y el mundo de Zyon acabó.

Para muchos, el mundo había cambiado para siempre a raíz de la extinción de Zyon, pero la verdad es que el mundo sólo se había sacudido a raíz de un cambio, como pasa siempre, como pasa todos los días.

Siempre es un alivio que exista alguien que rescate los recuerdos que nosotros no pudimos rescatar, pero cuando ese rescate se convierte en una prisión es lo más dañino de todo. Los recuerdos no se hacen para ser prisiones.

Después de ese suceso, el mundo entró en una fase global de desintoxicación. Ahora nosotros, los humanos, tendríamos que empezar a usar nuestra creatividad primitiva, nuestras formas ancestrales de resistir al olvido y de sobrevivir.

Así como existía esa comunidad que me albergó en aquellos tiempos difíciles, también existían comunidades libres de esa tecnología. Y ahí fue a donde me exiliaron. Muchas personas no tardarían en averiguar la verdad, así que mi vida corría peligro en esa ciudad. Era lo más sano de todo, no le tuve rencor a ninguna autoridad.

Tampoco me tuve rencor a mí mismo por no saber la verdad completa. Zyon me hizo sospechar que el mismo cáncer que mató a mi esposa se trasladó a su núcleo y la comenzó a crear, y que, en esa creación, un ápice del amor de mi compañera de vida lo combatía y fue lo que hizo, más o menos, natural el comportamiento del algoritmo. Como sea, la verdad había muerto cuando Zyon dio su última exhalación en esa playa griega. Así murieron todos los resentimientos, los rencores y los malos momentos.

Las fotos de mi esposa siguen conmigo. Cada tarde las veo. Y, aunque el doctor Foster no me las hubiera enviado, creo que mi memoria innata las recrearía cada momento antes de dormir, porque así es la naturaleza de todos los humanos: no necesitamos de ningún accesorio para recordar. Eso lo llevamos dentro. O, al menos, así lo creo.

Este diario es mi testimonio contra aquella máquina, pero también es un recordatorio de que la humanidad no debe cederle su espíritu a ningún artefacto. Pude contar mi historia porque sobreviví con mis instintos más humanos —esos que ningún algoritmo podrá replicar.

Quizá Zyon no sea el último intento. Quizá en algo tuvo razón: los humanos siempre nos aferramos a lo imposible y andamos errantes en búsqueda de la vida perfecta, de la vida sin errores ni dolor. Tal vez en un futuro vuelva a nacer una alternativa similar, pero, por ahora, es importante que sepan esto: la vida perfecta no existe. No necesitamos un algoritmo que nos haga pasar los días como perfectos. Creo que la vida es perfecta en su desolación, en cada duelo y en cada cicatriz. A veces decidimos engañarnos. Vemos a un o a una Zyon en todas partes, porque preferimos la dulzura a la verdad, pero la verdad es importante y nos ayuda a sobrevivir aunque no lo creamos, aunque la creamos destructiva e injusta. Sí, Coco murió y nunca volverá. Sin embargo, yo soy quien decide en las múltiples formas en que vuelve: en una flor, en un colibrí, en una nube, en la frase de un libro que, inesperadamente, me recuerda a ella. No necesitamos a una IA para recordar las cosas simples, lo que verdaderamente importa, porque así sobrevivimos, porque así nos sobreponemos: recordando y sintiendo.

MONJA SIDERAL

I

«Nada más falta que me manden de monja», dije aquella tarde y, más temprano que tarde, ahí estaba, en esas paredes silenciosas, antárticas, muertas.

Mis padres me encontraron con el profesor de Educación Física. ¿Eduardo se llamaba? ¿O ese era el otro? Todos pensaban que mi ninfomanía era una cosa para llamar la atención. No, yo a esa edad podía idearme artimañas más interesantes. Su atención era lo que menos necesitaba, de verdad. Lo que quería era extirparme mi soledad. Me tocaron unos padres que estaban hechos para gobernar, no para dar amor.

A lo mejor en el convento hasta hacía amigas. Cualquier lugar sería mejor que esta pequeña ciudad donde todos se conocían. Cómo le jodía a una no tener su privacidad. Estoy segura de que una de mis amigas había soltado la sopa. La perdonaría, sólo si el convento me llevaba a un lugar más pleno. Si no, que se chingara. Aunque dudaba que las volviera a ver.

*

¿Cuánta gente no perdía hasta lo último que les quedaba? Yo, por fortuna, aún no lo había perdido todo. Los hombres no son lo único del mundo.

Aquellos muros con lagartijas vivientes recorriéndolos, ingravidas; el frío de las paredes que templaba mis venas; las cenas austeras que no admitían desperdicios; el silencio nocturno, sepulcral; la serenidad al estar en un lugar contenido; parecía que mi fuego al fin estaba controlado y a buen recaudo, pero pronto vinieron los horrores.

II

Cómo me chingaba que existieran noticias y estar aislada de todo, ahora que el mundo se ponía interesante.

La Madre Superiora, al enterarse de los hechos, hirvió en una furia volcánica. Nadie la podía mirar a los ojos. Y pobre de ti si la sacabas de sus casillas.

Habían destronado a su dios. Ellos. Los que llegaron.

Aquellos seres de quienes no tenía ni idea.

Ya no podíamos seguir creyendo en él, según dictaron. Tomaron las iglesias, los templos, las catedrales y no tardarían en tomarnos a nosotras. Quizás nos quemaran. La Madre Superiora no quiso decirnos qué sería de nosotras.

Si fuera por ella, nos dejaría arder antes que dejarnos renunciar.

Habíamos hecho un pacto de sangre. Ninguna amenaza nos haría flaquear, sin importar de qué maldito planeta viniera. Sabrían lo que era bueno. Ellos seguían avanzando, porque no nos conocían a nosotras.

Quién sabe cómo le hicimos. Quizá era un convento tan alejado de la civilización que nunca nos hallaron.

O, bueno, se les hizo difícil encontrarnos. Por algunos años, porque al final sí dieron con nosotras.

Demasiado tarde, pero dieron.

¿Por qué siempre era demasiado tarde cuando se trataba de mí?

Ojalá hubiera aprendido a dar señales de humo. A hablar con ese horno que tenían las hermanas. A dibujar señales S.O.S en la azotea. Lanzar bengalas. Ojalá hubiera podido saber a tiempo quién era la verdadera amenaza.

III

—Útero que no sirve para procrear, útero a extirpar
—dijo la Madre Superiora.

Yo nunca había pensado en si ser madre o no. Nunca pensé que el convento sería todo lo que iba a ser por el resto de mi vida. No creía en las eternidades. No creía en mi propia vida. En hacerla valiosa. Si no era valiosa para mí, mucho menos para otra criatura.

Pero en cuanto supe de esa prohibición, fue como si alguien hubiera presionado un interruptor dentro de mí y hubiera encendido una devastadora y urgente ansia materna. Nunca había deseado tanto ser madre hasta que escuché eso. Me quitarían una parte mía. Cerrarían para siempre una puerta dentro de mi propio cuerpo. Ahí dije: «ni vergas. La que manda soy yo».

Escalé el muro del convento para escaparme. Casi perdí la vida. De no ser por las hermanas que tendían una sábana para atraparme, no estaría escribiendo esto. Me resbalé y caí sobre ese manto, como una santa. ¿Notas la ironía?

Pero prefería estar muerta a ser operada.

Prefería estar muerta a *no ser*.

Yo quería serlo todo, incluso madre fracasada.

Si conocía al amor de mi vida después, y a este se le antojara tener hijos, ¿qué le diría? Porque incluso entonces pensaba en mis padres. Pensaba en que algún día vendrían por mí. Que me dijeran: «Escuchamos las noticias. Ya no hay dios a quien puedas servir. Ellos dicen que no. Y les creemos».

Como sea, no hubo ángel salvador.

Aprovecharon mi desmayo para llevarme a la clínica. A rastras. Qué estúpida fui al caerme.

Viéndolo desde ahora, por primera vez en mi vida me sentí parte de algo. Sí. Cuando notaba en las noches a mis hermanas sollozando y tocándose la barriga, absortas en una pérdida irrecuperable.

¿Ya qué podía hacerse?

Si no nos fecundaban, según la Madre Superiora, el útero generaría miomas. La sola palabra me dio escalofríos.

IV

Dicen que la frase «me costó un ojo de la cara» proviene del ojo perdido de Diego de Almagro. Lo perdió debido al ataque de una flecha de los indios nativos. Le costó un ojo de la cara defender su saqueo, ¿entiendes? Al parecer, yo puedo decir que me costó un útero estar escribiendo esto. Estar escribiendo la verdad.

Después de que nos extirparan los úteros vinieron a rescatarnos.

Fue como si alguien hubiera canalizado su sacrificio en un pedido de auxilio. Como si los hubiera invocado.

Irrumpieron en el convento.

Algunas hermanas estaban a punto de morir por inanición. Conocía a dos de ellas: Elizabetha y Roberta. Las encontraron copulando y las castigaron de esa forma. Ningún alimento.

Maldita sea, ¿por qué no lo supe en ese momento?

Pensé que todo en Ellos era novedad, un régimen más justo, primer mundo y esas chingaderas con las cuales siempre se sueña. La cura para el cáncer. Aunque a nosotras ya no podía darnos, ¿no? Porque nos quitaron el útero. Ya nada malo podía germinar en nuestros cuerpos podados.

Me equivocaba.

Nadie te rescata gratis.

Lo repito: nadie en esta vida te rescata gratis. Ni por asomo.

Todos exigen algo, y más Ellos. No habían venido a la Tierra de a gratis, tampoco. Desde el inicio querían algo.

*

A raíz de la ejecución de la Madre Superiora (la colgaron en el patio), nos propusieron algo.

Hasta entonces, al tenerlos de frente, me sorprendió lo diferente que eran a como los pensábamos. No estaban alargados ni tenían un vientre como lombriciente. Eran como nosotros, sólo que su belleza aterraba.

—Sabemos que no pueden gestar. Que les hicieron algo irreversible, pero nosotros tenemos la tecnología para hacerlo. Las podemos convertir en mujeres normales.

Claro, nos querían en sus granjas.

Querían tener hijos y superar así a la raza humana. Nos usarían para tal efecto. ¿Qué era mejor: extirpar o rellenar? Me daba horror pensarlo.

V

Entonces se me ocurrió una propuesta.

Estaba harta de que ellos siempre mandaran.

—Está bien. Les daré un hijo, pero sólo uno.

A cambio, quiero que me lleven a vivir en el espacio.

*

Los acorralé.

No podían negarse.

O era eso o era nada.

VI

Vi a varias de mis compañeras en las clínicas.

Una esperaba gemelos.

La pareja de lesbianas lucía radiante.

—Seremos una hermosa familia —me dijeron.

Y empecé a llorar de felicidad. Harían una familia en este mundo. Serían felices, por fin. No como yo, que tenía que escapar al espacio para poder intentarlo.

Algunas firmaron un contrato para ser madres hasta que el cuerpo se los permitiera. Vivían en mansiones. Su ropa sería siempre del mismo color.

Yo también había usado pura ropa color azul turquesa durante mi gestación.

Era una forma de marcarme. De marcarnos.

De que la nueva sociedad viera nuestro sacrificio. O nuestra contribución, como se viera.

Pronto cambiaría todo eso por un traje de astronauta. Si es que todavía se usaban.

VII

En aquel convento di con un libro de botánica.

Cuando lo abrí, había una página con una planta extraña. Su nombre era *Tweeblarkannie-*

dood, la planta que daba únicamente dos hojas cada siglo. La esperanza de vida oscilaba entre los 400 y 2,000 años.

¿Ves cómo siempre han existido cosas que rebasan la lógica planetaria? Debimos de concluir eso antes. Que lo alienígena ya estaba entre nosotros. Que siempre lo ha estado. Sólo esperaban el momento preciso para abatirnos o salvarnos.

Este mundo es demasiado extraño como para que sea sólo nuestro.

*

Podría haber escrito un diario de maternidad. Se volvería inmediatamente un superventas, pero no quería ser sensacionalista. Además, cuando saliera de este mundo, todos mis récords se irían conmigo. ¿Para qué molestarme?

Añadido a lo anterior, me la pasaba durmiendo. Aquel bastardo demandaba demasiado de mí.

VIII

¿Pensaste que las despojadas se quedarían de brazos cruzados?

Yo, que viví largo tiempo con ellas, vi su fe, su fortaleza, su devoción desmedida. Aquella promesa de que nuestra fe no flaquearía se hizo realidad.

Aunque, claro, hablo por ellas.

Por quienes se mantuvieron en pie hasta el final.

Se manifestaron en el Vaticano. Aquella ciudad era como los templos de Atenas a estas alturas: quedaban puros cimientos. Algunas monjas se prendieron fuego. Así, vivitas y coleando. Protestaban por un mundo arrebatado. Ellas querían volver, pero el mundo había avanzado sin esperarlas. Ninguna inmolación daría vuelta atrás al tiempo.

Recordé a la Madre Superiora colgada y apagué la tele.

Mi bebé lloraba en el sofá.

En unos días se lo llevarían.

IX

¿Cómo despedirte de un mundo que siempre te había resultado indiferente, que siempre te había lastimado con su indiferencia, con su aniquilación a lo

extraño? Dejaba un hijo allá, pero hasta el momento no lo sentía como mío.

Este mundo nunca dejaría de quitarme lo que me correspondía.

Pero eso se acababa.

Ahí lejos, dudaba de que fuera capaz de alargar los brazos, zarandearme y quitarme lo poco que conservaba.

Eso sí: daba nostalgia ver algo tan monstruoso empequeñeciéndose. Ríos que habían absorbido a personas. Volcanes que habían destruido ciudades. Montañas que se habían desgajado y sepultado sin piedad todo a su paso. Todo eso cabía en la palma de mi mano. Tantas desgracias. Tanta impotencia mundial. Los monumentos históricos a esa altura dejaban de importar. Las lágrimas, también. No me sentía ni hija ni madre de alguien. Era simplemente una contempladora de escalas. Un ojo cósmico.

«Háganme lo que quieran a esa altura».

Quise gritar, pero no podía.

Estaba llena de euforia.

Era una órbita en mí misma: mi sangre era una electricidad negra. Podría dar vida a un planeta entero.

Eso sí: reía como una loca.

Aunque mi cara se movía como si mi piel fuera placas tectónicas.

X

Me llegaban cartas de amigas.

Me describían sus embarazos.

Lloré (no supe cómo fluían las lágrimas, pero juro que lloré) cuando me informaron de la muerte de una. Su embarazo se complicó. Al bebé le habían crecido garras y las usó para salir al mundo.

El caso sólo lo conocimos nosotras.

Pero con esto que estoy haciendo lo conocerá todo el mundo. Les recuerdo que me costó un útero.

*

Quise escribirle una carta a mi hijo.

En algún lugar de esta cápsula debe haber un bolígrafo y un papel especial.

No: mejor lo grabaré.

Lo transmitiré a un puerto local en la Tierra, cifrado y de almacenamiento seguro. Lo dejé todo preparado.

Sin embargo, al tratar de hablar —de asumir que soy su madre y que él es mi hijo—, algo se astilla en mi garganta y me ahoga.

Yo anhelaba hacerlo volver, aunque fuera con palabras. «Tu mamá te extraña tanto que su amor cruza universos», quería decir. Cabía la posibilidad de que nunca me escuchara.

Cabía la posibilidad de que naciera con el ADN del olvido y el odio.

Cualquier posibilidad me aterraba.

Pero, ¿qué sería de mí sin mi terquedad? Una terquedad que me ha llevado al espacio. A veces la distancia puede acercarte. A veces no sabes cuánto posees hasta que lo recuerdas en otro planeta. A veces no tienes la mínima esperanza hasta que todo está exorbitantemente inalcanzable. Sólo entonces.

XI

Una de mis principales tareas era hacer una cápsula del tiempo.

A menudo me dirigía a una bóveda especial. Tenía todo a mi alrededor para hacer recortes, recopilar fotografías, armar un álbum de la humanidad.

No puedes juntar fragmentos de algo que te ha hecho pedazos una y otra vez.

Hasta que estás en una nave espacial.

XII

Pasaría a la historia como la primera mujer que, para curarse de la soledad, decidió orbitar en solitario en la vastedad del universo.

*

En ocasiones llegaban a mí voces.

A algunas personas no se les olvidaba supervisar mi integridad.

*

—En esa nave hay un botón. Si presionas «SÍ», se mantendrá la religión en la Tierra, tu hogar. Si presionas «NO», la religión se erradicará.

*

Pensé en todas las personas que idealizaban un convento como la única opción para su sanidad.

Y también en aquellos úteros que nos robaron.

La vida tiene preguntas que destruyen de raíz.

XIII

Tomé la decisión final.

Sé que nunca te dejarán escuchar mi voz. Ni siquiera te dirán que existí. Cuando esta nave explote, quizá ni tendrás tiempo de buscar una mancha herrumbrosa en el cielo. ¿A qué universo posible tuve que haberme ido?

Busco el botón.

Así es la existencia, un debate entre dos polos.

A mí nunca nadie me consultó sobre mi presencia. Aunque ahora lo sé. Sé lo que diría. Y por qué. Porque el mundo necesita gente que implomione y se desgarre y quiera desaparecer, porque así corrige su órbita. Aprende de sus errores. Nos hace mártires. El mundo se erige sobre los «no seas así». Nunca dejes que digan de tu madre que salió sobrando, nadie sale sobrando si miras bien.

Busco el botón y lo presiono.

De cualquier modo, la humanidad siempre halla nuevas formas de creer.

Índice

EL SALTO	11
LE TOMÓ AL MUNDO UN MAR PARA BORRAR TU NOMBRE	21
LA PERRA Y LA CASA	28
GENTRIFIED	60
ZYON	67
MONJA SIDERAL	130



www.pech.icm.gob.mx

PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2024